

William Shakespeare

A hand with bloodstains is shown holding a dagger. The dagger has a black handle with a gold crossguard and a silver blade with a red stain. The background is dark with a wood-grain texture on the left side.

MACBETH

Una tragedia en cinco actos

Lectulandia

Una de las tragedias más conocidas de **William Shakespeare**. *Macbeth* es una obra tenebrosa e inquietante a la vez que vigorosa y fascinante, debido a su tratamiento dramático del mal, del mal que nace del ansia de poder. *Macbeth* cuenta la historia de un crimen y castigo, entreverada de brujería y elementos sobrenaturales, cuya acción vertiginosa mantiene el interés hasta el final. Pero una obra tan activa, es también profundamente introspectiva. En ella van paralelas la acción física con el torbellino de conciencias en las que se apoya. De esta forma la obra indaga en lo prohibido, explora la trasgresión mediante un lenguaje metafórico y sensorial único, el más denso lenguaje figurado de **Shakespeare**, con imágenes asociadas a las tinieblas, la muerte, la naturaleza quebrantada, la crueldad, la esterilidad (el alma llena de escorpiones, el recién nacido cabalgando a lomos de un caballo en la noche, la criatura sonriente arrancada del pecho de su madre). Un torbellino de imágenes que van impresionándose en la pupila del espectador, operando a través de símbolos que van conformando una lectura coherente. La altura poética e intelectual de *Macbeth* no oculta ni suaviza el mundo político concreto de sangre y violencia, ambición y deslealtad en que la acción se desenvuelve.

Lectulandia

William Shakespeare

Macbeth

Una tragedia en cinco actos

ePub r1.2

Ariblack 16.04.2017

Título original: *The Tragedy of Macbeth*
William Shakespeare, 1606 (¿?)
Traducción: José García de Villalta, 1838

Editor digital: Ariblack

Primer editor: Cygnus (r1.0)
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dramatis Personæ

- DUNCAN, REY de Escocia
- MALCOLM, hijo mayor de Duncan
- DONALBAIN, hijo menor de Duncan
- MACBETH...
- BANQUO...
- MACDUFF, LENOX, sus hijos
- ROSS y MENTETH, generales de sus ejércitos
- ANGUS, CATHNESS, nobles escoceses
- FLEANCE, hijo de Banquo
- SIWARD, Conde de Nortumberland^[1] y general de las fuerzas inglesas.
- SIWARD EL JÓVEN, su hijo
- SEITON, ayudante de Macbeth
- Un HIJO DE MACDUFF
- Un MÉDICO INGLÉS
- Un MÉDICO ESCOCÉS
- Un SOLDADO
- Un PORTERO
- Un VIEJO
- LADY MACBETH
- LADY MACDUFF
- DAMAS de Lady Macbeth
- HÉCATE y tres BRUJAS
- Varios señores, caballeros, oficiales, asesinos, sirvientes y mensajeros.
- El espectro de Banquo y otras apariciones.

La acción se supone en Escocia y principalmente en el castillo de Macbeth; menos la última parte del cuarto acto, que pasa en Inglaterra.^[2]

Acto primero

Escena primera

Un erial. — Truenos y relámpagos. — Aparecen TRES BRUJAS.

BRUJA 1ª:

¿Cuándo nos encontraremos nuevamente
bajo lluvia, el rayo o el trueno?

BRUJA 2ª:

Cuando el torbellino termine
cuando la batalla sea perdida y ganada.

BRUJA 3ª:

Eso será antes de caer el sol

BRUJA 1ª:

¿Dónde será el lugar?

BRUJA 2ª:

Sobre el yermo

BRUJA 3ª:

Para encontrar a Macbeth.

(Suena un clarinete).

BRUJA 1ª:

Voy, Graymalkim.

BRUJA 2ª:

Paddock llama.

BRUJA 3ª:

Pronto.

TODAS:

Bueno es el mal y malo el bien.
Hendid, hendid la niebla y aire inmundo.

(Desaparecen las brujas).

Escena II

*Un campo cercano a Fores. — Suenan dentro cajas y trompetas. — Salen
EL REY DUNCAN, MALCOLM, DONALBAIN, LENOX y
ACOMPañAMIENTO, a reconocer a un SOLDADO que viene herido
por la parte opuesta.*

DUNCAN:

Quizá saber podremos de ese herido
nuevas de la batalla.

MALCOLM:

Es el sargento
que la vida arriesgó por rescatarme.
¿Herido mi valiente compañero?
Cómo quedaba el campo a tu salida
quiere saber su alteza.

SOLDADO:

Asaz de incierto;
cual de dos fatigados nadadores,
que su arte ahogan, temerario encuentro.
El traidor Macdonwald, por cierto digno
de llamarse rebelde, pues su pecho
encierra de la humana villanía
cuantas especies abortó el infierno,
de las islas remotas de occidente,
de Kerns y Gallowglass triples refuerzos
condujo al campo; y por su inicua causa
la fortuna al principio sonriendo,
mozuela del rebelde parecía;
mas fue lisonja vana, que el acero
de Macbeth invencible (y este nombre
ganó con sus hazañas) paso inmenso
abrió en el seno de la adversa hueste;
y humeando en sangre el pavoroso hierro,
intrépido Macbeth e infatigable,
no cesó de lidiar hasta que al cuello
del esclavo alcanzó su ardiente espada
y la cabeza derribó del cuerpo.
Ya en nuestros muros enclavada queda.

DUNCAN:

¡Oh ilustre capitán! ¡oh noble deudo!

SOLDADO:

A la manera que engendrarse suelen
tempestad borrascosa y hondo trueno
en el cielo oriental do nace el día,
así suele fluir del cauce mismo
de donde brota el bien mal infinito.
Escucha, rey de Escocia: aun no hubieron
los veloces kernesses confiado
su salud a la fuga; aun incompleto
quedaba el alto triunfo que vestida
de espléndido valor y de ardimiento
alcanzó la justicia, cuando empieza
el señor de Noruega más horrendo
y más fiero combate al campo baja
con peones sin fin y ballesteros.
Y acicaladas armas y caballos
en cerrado escuadrón.

DUNCAN:

¿Y le temieron
Macbeth y Banquo?

SOLDADO:

¡Sí señor! ¡cual teme
el león los rebaños de corderos!
¡cual águila imperial teme a las bandas
de pardas codornices! Nunca vieron
mas audacia los hombres; parecían
flamígeras tormentas; y sus hierros
sonaban en los cuerpos enemigos
como en el yunque suena el martilleo.
O en la sangre de mil y mil heridas
profuso baño buscan, o quisieron
otro Gólgota hacer del feroz campo.
Pero desmayo; mis heridas siento
que imploran ya socorro.

DUNCAN:

Muy bien cuadran
tus heridas, soldado, y tus conceptos.

Ambos hablan de honor: llevadle; cuiden
de su salud los míos con esmero.

(Se llevan al SOLDADO).

Escena III^[3]

Los PRECEDENTES y ROSSE.

DUNCAN:

¿Quién viene allí?

MALCOLM:

El de Rosse.

LENOX:

Extrañas nuevas
anuncia ese mirar vivo e inquieto.

ROSSE:

Salud a vuestra alteza.

DUNCAN:

Valeroso
y noble capitán, ¿de dónde bueno?

ROSSE:

De Fife, mi señor, do tremolaban
para nuestro desmayo y vilipendio
las banderas triunfantes de Noruega.
El mismo soberano, el mismo Sweno^[4],
con numerosa banda y el apoyo
del aleve Cawdor, rompió el tremendo
sanguinario conflicto; hasta que pudo
el heroico Macbeth de hierro a hierro
medir con él las armas y humillarle
y a su audacia imponer pesado freno
y arrancar de sus manos la victoria
ya cuasi conseguida.

DUNCAN:

Al cielo demos
loor y gratitud; hoy nuestras armas
venturosas se muestran.

ROSSE:

Los noruegos
por treguas claman ya: ni aun sepultura
les permitimos dar a los guerreros

que abatió nuestra hueste en sus reales,
hasta que su monarca como feudo
desembolsó en San Colmes diez mil piezas
para nuestros soldados.

DUNCAN:

Alto precio
también dí por mi ciega confianza
en el infiel Cawdor; proclamen luego
los heraldos su muerte; y Macbeth sea
de todos sus dominios heredero
y de su casa y títulos.

ROSSE:

Cumplidos
serán vuestros mandatos.

DUNCAN:

Corto premio
para tanta proeza me parece,
que aun más ganó Macbeth.

MALCOLM:

Señor...

DUNCAN:

Marchemos.

Escena IV^[5]

Un páramo. — TRES BRUJAS.

BRUJA 1ª:

¿Dónde has estado, hermana?

BRUJA 2ª:

Dando a los cerdos muerte.

BRUJA 3ª:

¿Y dónde tú?

BRUJA 1ª:

La suerte
deparome al salir esta mañana
la mujer de un marino.
Estaba la golosa
devorando afanosa
una y otra castaña; yo me inclino
y la barba en la cuja
castañas le pedí;
mas echome de allí
llamándome hechicera y momia y bruja.
Embarcado su esposo
para Alepo navega;
yo hacia la misma vega
también hendiré el aire nebuloso
a bordo de una criba;
y mi venganza justa
trabajaré su fusta
de la flotante grímpola^[6] a la estiva.

BRUJA 2ª:

Yo te regalo un viento.

BRUJA 1ª:

Eres piadosa.

BRUJA 3ª:

Yo una racha espantosa.

BRUJA 1ª:

Y otra que tengo yo soltar intento.

Con fuerzas nunca vistas
bramarán las tormentas:
mis ráfagas violentas
enjugarán los puertos como artistas.
Agitará mi anhelo
cuantos tiene la náutica cuadrantes;
crujirán resonantes
los tempestuosos ámbitos del cielo.
No hospedarán sus ojos
al sueño ni de noche ni de día;
ni logrará descanso ni alegría;
ni le darán las horas más que enojos.
Y ya que su bajel por mis reproches
no pueda fracasar, vigilia, espantos,
agitación padecerá y quebrantos
por nueve veces nueve siete noches.
Mirad qué traigo aquí.

BRUJA 2ª:

Enseña, enseña.

BRUJA 1ª:

El pulgar del piloto que volvía,
y cuando ya su casa descubría
viéndola naufragó sobre una peña.

(Suenan cajas).

BRUJA 3ª:

Los tambores.

BRUJA 2ª:

Tambores.

BRUJA 3ª:

Macbeth viene.

TODAS:

Las hermanas profetisas
fuera en vano
perseguir por la tierra o por el mar;
o en las brisas
las divisas

de su arcano^[7]
escudriñar.
Tres por ti
y tres por mí.
Tres veces tres
son nueve. ¡Si!
y el número llegó
y el encanto a la par se consumó.

Escena V⁸

Las MISMAS. MACBETH. BANQUO.

MACBETH:

Nunca vi tan cruel ni hermoso día.

BANQUO:

¿Qué distancia hay a Fores? ¿Quién son esas
con agostados rostros, que pavesas
del blandón^[8] de la vida las creería?
¿Os puede interrogar acento humano?
Entendéisme, sin duda, que al rugoso
labio lleváis la descarnada mano.
¿Sois mujeres, o bien en este instante
escarnecéis su forma y su semblante?

MACBETH:

Si os fuere dado hablar, quién sois, decidnos.

BRUJA 1^a:

¡Salve, invicto Macbeth! ¡fragrante lis
de los soberbios feudos de Glamis!

BRUJA 2^a:

¡Salve, invicto Macbeth! ¡Salve, señor
de los feudos soberbios de Cawdor!

BRUJA 3^a:

¡Salve, invicto Macbeth! ¡Salve! en tu mano
brillará un día el cetro soberano.

BANQUO:

¿Y así te sobrecoges? ¿por ventura
temer pudieras tan feliz agüero?
De la verdad en nombre yo os conjuro:
si acaso superior a la natura
vuestra existencia fuere, yo os requiero.
Decid: ¿por qué a mi noble compañero
vaticináis felicidad presente;
por qué gloria suprema;
por qué el futuro cetro y la diadema,
y a mí cerráis el labio displicente?

Si podéis ver del tiempo la simiente
y distinguir cuál grano ha de dar fruto
y cuál ha de secarse, una palabra
dirigidme también, que yo no imploro
ni temo vuestra risa o vuestro lloro.

BRUJA 1ª:

Salve, Banquo.

BRUJA 2ª:

Salve.

BRUJA 3ª:

Salve.

BRUJA 1ª:

Tú, menor que Macbeth, más grande seas.

BRUJA 2ª:

Será, Banquo, tu hado
mucho más venturoso y desdichado.

BRUJA 3ª:

Aunque tú no des leyes
engendrarás a poderosos reyes.

TODAS:

Salve, Macbeth y Banquo.

BRUJA 1ª:

¡Salve! ¡Salve!

(Empiezan a separarse las BRUJAS.)

MACBETH:

Esperad y decidme si poseo
el señorío de Cawdor. Yo soy de Glamis
por muerte de Sinel solo heredero;
mas vive el de Cawdor prósperos días...
¿Ni qué coronas me ofrecéis ni cetros?
¿Quién tan extrañas nuevas os anuncia?
¿O por qué en este páramo desierto
prodigáis de falaces esperanzas
místico, vago y tenebroso acento?
Hablad, hablad.

(Desaparecen las BRUJAS.)

Escena VI^s

BANQUO. MACBETH.

BANQUO:

Así como el mar tiene
su ebullición la tierra: quizás esos
serán los borbotones que levanta
su conmovida faz. ¿Cómo pudieron
desaparecer así?

MACBETH:

Sin duda en aire
por mágico poder se habrán resuelto;
y los que enantes cuerpos parecían,
fundieronse, cual suele en raudo viento
respiración humana.

BANQUO:

¿Mas se hallaban
en verdad esas formas en el yermo,
o la infausta raíz hemos gustado
que aduerme la razón en el cerebro?

MACBETH:

Cual reyes saludaron a sus hijos.

BANQUO:

Y a ti cual soberano.

MACBETH:

Y añadieron,
que señor de Cawdor...

BANQUO:

Son sus palabras.
¿Quién se acerca?

Escena VII[§]

Los PRECEDENTES. ROSSE. ANGUS.

ROSSE:

Macbeth, tus altos hechos
ha sabido el monarca, y sus elogios,
al contemplar benigno tus trofeos,
no hay lengua que repita. El mismo día
venciste a los rebeldes; y acudiendo
a buscar de Noruega los pendones,
a su robusta hueste de escarmiento
y de espanto llenaste: combatías
impávido, cual sueles, sin recelo,
entre imágenes mil de cruda muerte
que tú mismo esculpías. Mensajeros
llegaban uno y otro hasta su alteza;
y absortos referían los portentos
é inmortales hazañas que acabaste
para honra tuya y salvación del reino.

ANGUS:

Del rey nuestro señor fieles heraldos,
en su nombre real agradecemos
tus ínclitas hazañas y pedimos
llevarte a su presencia.

ROSSE:

Mas primero
nos ha ordenado que en su augusto nombre
cual señor de Cawdor te saludemos.

BANQUO:

¿Y puede el diablo revelar verdades?

MACBETH:

Si aun vive el de Cawdor, ¿por qué de ajenos
ropajes me vestís?

ANGUS:

Pero su vida
la ley reclama con mortal proceso.
O bien al de Noruega socorriese;

o bien a los rebeldes en secreto;
o bien de ambas maneras se afanara
para mal de su patria, que aun inciertos
corren en este punto los rumores,
convicto se halla y de traición confeso.

MACBETH:

¡Señor de Glamis y Cawdor y aun queda
mas grande señorío! Gracias debo
a vuestra cortesía en el mensaje.
¿No piensas que tus hijos el imperio
lograrán una vez, pues que las magas
que de Cawdor el título me dieron
tanto bien a tu estirpe prometían?

BANQUO:

Sus palabras pudieran en deseos
de conseguir el trono enardecerte.
¡Cosa extraña! Los mismos instrumentos
que del genio del mal las acechanzas
en el mundo disponen, verdaderos
sucesos vaticinan con frecuencia
para ocultar la senda del infierno.
Nos fascinan con simples bagatelas;
mas no hacen traición en los sucesos
de principal cuantía. Una palabra
con vosotros, señores...

MACBETH:

Cual proemio

(Aparte)

del importante drama que me anuncia
el poder soberano, se cumplieron
dos de las profecías. —El mensaje,
señores, en el alma os agradezco—.
El mágico poder que lo predice
perverso no será... tampoco bueno.
Que malo, no sus obras principiara
diciendo la verdad. Mas ¿por qué cedo,
si santo fuere el numen que me inspira,
al execrable infando pensamiento

que eriza los cabellos en mi frente
y el firme corazón hincha en el pecho?
Los temores que agudos me atormentan,
mil visiones fantásticas, cruentos
abortos de la mente, tiranizan
con férrea mano el libre entendimiento...
Para mí solo hay ya lo que no hay.

BANQUO:

Qué absorto está Macbeth.

MACBETH:

Si fuere cierto
que coronarme rey place al destino,
sin que me mueva yo vendrá el imperio.

BANQUO:

Los recientes honores se despegan
cual de su molde los ropajes nuevos
hasta que el uso los asienta.

MACBETH:

Firme
lo que haya de venir esperar tengo;
que el tiempo y la ocasión al través pasan
del más acerbo día.

BANQUO:

Tus preceptos
esperamos, Macbeth.

MACBETH:

Perdón, señores;
la memoria perdida en sus recuerdos
antiguos se espaciaba. Bondadosos
magnates de la Escocia, vuestro obsequio
queda en mí registrado de manera
que cotidianamente he de leerlo.
Vamos a ver al rey. En lo ocurrido
piensa, Banquo, un instante y hablaremos
después los dos con militar franqueza.

BANQUO:

Lo haré como lo pides.

MACBETH:

Pues silencio,
y vamos a palacio.

BANQUO:

Vamos.

ROSSE:

Vamos.

(Vanse).

Escena VIII^[9]

*Sala del palacio de Fores. — Suenan dentro cajas y y trompetas. —
Entran DUNCAN^[10], MALCOLM, DONALBAIN, LENOX y
ACOMPAÑAMIENTO.*

DUNCAN:

¿Han vuelto los mensajeros?
¿Sufrió la muerte Cawdor?

MALCOLM:

Ya pasó el jefe traidor
sus instantes postrimeros.
Imploró vuestra clemencia
desde el suplicio elevado;
y confesó ser culpado
y ser justa la sentencia.
El momento de su muerte
fue el más noble de su vida;
que la cuchilla homicida
no aterró su pecho fuerte.
La pobre existencia humana
enseñado a despreciar,
dio la vida como dar
pudiera una joya vana.

DUNCAN:

¡Mísera adivinación
la que en el rostro o las manos
piensa sondar los arcanos
profundos del corazón!
No hay signos, líneas ni bultos,
ni hay un ángulo constante,
que dibuje en el semblante
los pensamientos ocultos.
El de Cawdor poseía
mi más plena confianza.

Escena IX^s

Los PRECEDENTES. MACBETH. BANQUO. ROSSE. ANGUS.

DUNCAN:

¡Valiente deudo^[11]! ¡esperanza
de la corte y patria mía!
A mis brazos bien venido
el de militar virtud
Perdona la ingratitud
que prevenir no he sabido.
Porque es tan alto tu vuelo
que no le puede alcanzar
por más que intente volar
el galardón con su anhelo
¡Ojalá hubieras ganado
menos prez^[12]; y yo podría
quedar con la granjería
de haberte demás premiado!

MACBETH:

Servicios de noble pecho
que alberga lealtad y honor,
harto los premia, señor,
el placer de haberlos hecho.
El feudo de la nobleza,
su amor, su valor egregio,
son hijos del trono regio,
partes son de vuestra alteza.
Y del que en alta ocasión
lidiando por su rey muere,
basta con que se dijere
que cumplió su obligación.

DUNCAN:

Tu eres el árbol, Macbeth,
que yo planté tierno niño;
te hizo crecer mi cariño,
y me deleito en tu prez.
Cerca de mi corazón
te doy, Banquo, otro lugar,

que bien puedes sustentar
tan noble comparación.

BANQUO:

Creciendo en él será vuestra
la cosecha.

DUNCAN:

Capitanes,
al premiar vuestros afanes
el gozo oculto se muestra
En lágrimas... Perdonad.
Hijos, señores, parientes,
distinguidos combatientes
de acrisolada lealtad,
Sabed que en bien del estado,
con madura reflexión,
del trono la sucesión
establecer he pensado.
Mi primogénito hijo
hereda la monarquía;
y príncipe en este día
de Cumberlanda^[13] le elijo.
Mas no triste y macilenta
será, Malcolm, tu fortuna;
que derramaré en su cuna
gracias y dones sin cuenta.
Brillarán como luceros
los pechos de mis señores,
con insignias y favores,
con preeminencias y fueros.
Partamos para Inverness,
y deberé a tu amistad,
Macbeth, hospitalidad.

MACBETH:

Permitid que a vuestros pies
os agradezca ese honor.
Mensaje tan lisonjero
conducir yo mismo espero,
si de ello me hacéis favor,
a mi esposa y mi castillo.

DUNCAN:

Disponlo a tu voluntad.

MACBETH:

Señor, la mano me dad;
a vuestra alteza me humillo.

(Saluda para retirarse y dice aparte)

¿La injusta suerte destina
a Malcolm por heredero?
Hoy se da el paso primero
de mi gloria o mi ruina.
Estrellas, tened oculto
vuestro lucir rutilante;
y del pecho palpitante
no iluminéis el tumulto.
Cúmplase el hecho inhumano
que el ánimo me contrista^[14];
mas ver no pueda la vista
lo que ejecuta la mano.

(Vase).

DUNCAN:

Bien dijiste, Banquo amigo,
que era Macbeth eminente,
tan cortés como valiente
delante del enemigo.
Sigámosle, ya que así
por servirnos se apresura.
Sus honores y ventura
son ventura para mí.

(Suenan cajas y trompetas. — Parten).

Escena X^[15]

Inverness. — Sala del castillo de Macbeth. — Entra LADY MACBETH leyendo una carta. después un CRIADO.

LADY MACBETH:

(Lee)

«Me encontraron el día de mis triunfos; y según he sabido después por seguro conducto, tienen en sí ciencia más que mortal. Ardía yo en deseos de hacerles otras preguntas, mas se convirtieron en aire y se desvanecieron; y aun continuaba yo absorto y lleno de admiración, cuando he aquí que llegaron mensajeros del rey aclamándome señor de Cawdor, con cuyo título me habían saludado las hermanas profetisas, al predecirme que llegaría a ser rey. He pensado comunicarte estas nuevas, mi querida compañera de grandeza, para que no pierdas lo que al gozo se debe, ignorando nuestra prometida exaltación. Guarda estas noticias en tu pecho, y a Dios».

Señor del feudo de Glamis, señor de Cawdor y a fe que las otras profecías se cumplirán a su vez, si tu natural benigno, esposo, no te es infiel. Que quizás oprobio juzgues en guerreros de tu prez seguir el rumbo más breve si el más glorioso no es. La ambición arde en tu pecho; pero te repugna ver con las flores las espinas, con el amor el desden. Te repugna jugar falso, mas no ganar con doblez si no fraguas tú el engaño. En tu mente el interés te enseña cómo has de obrar; mas te detienen, Macbeth, temores del precipicio que sueles ver a los pies. Los mismos actos, empero, que empalidecen tu sien y dan temblor a tu mano no quisieras deshacer si cumplidos los mirases. Ven pronto, mi esposo, ven, y derrámense en tu oído mi espíritu y mi poder. Ven, señor, porque mi lengua desvanezca ese tropel de escrúpulos que le asedian con menguada timidez. Ven y ciñe la diadema y ocupa el regio dosel que la fortuna te brinda.

(Entra un CRIADO).

¿Qué quieres?

CRIADO:

Señora, el rey
llegará esta noche.

LADY MACBETH:

¿Adónde?

CRIADO:

Aquí mismo.

LADY MACBETH:

¿Pues no ves
que tu señor le acompaña y él nos hiciera saber
tal honra si cierta fuese?

CRIADO:

Mi señor llega también:
su escudero, que delante venía a todo correr,
se presenta ijadeando^[16] con tan faustas nuevas.

LADY MACBETH:

Vé,
y en mi nombre las albricias por el mensaje le den.

(Sale el CRIADO).

Roncos graznidos lanzarán los cuervos,
rey Duncan, a tu entrada en mi mansión.
¡Venid, venid a mí, genios protervos,
espíritus de muerte y destrucción!
Dotad de robustez viril mi mano;
al cuerpo afeminado fuerzas dad;
al corazón coraje sobrehumano;
y henchid mis venas de hórrida crueldad.
Mi sangre se condense y pensamientos
sin que los turbe débil compunción;
la femenil clemencia a mis intentos
no oponga su piedad ni compasión.
Deidades invisibles, ominosas,
que amáis humano llanto y padecer;
en vez de tibia leche, ponzoñosas
linfas dad a mis pechos de mujer.

Y tú ven a mi ruego, noche oscura,
rebozada en tu lóbrego capuz:
el infierno te dé la sombra impura
que el humo engendra de su aciaga luz.
Tan tenebrosa ven, que mi cuchillo
no pueda ver, oh noche, el propio herir;
ni de los cielos importuno brillo
logre por tus tinieblas traslucir.

Escena XI^s

MACBETH. LADY MACBETH.

LADY MACBETH:

Señor de Cawdor y Glamis y príncipe soberano,
la ignorancia del presente tus^[17] letras han disipado;
ya en mi espíritu arder siento de futura gloria el lampo^[18].

MACBETH:

Esta noche llega Duncan a nuestro castillo.

LADY MACBETH:

¿Y cuando
partirá?

MACBETH:

Creo que mañana.

LADY MACBETH:

Nunca brillará el sol claro
de ese mañana al rey Duncan. Mas... hechos extraordinarios
pudieran leer los hombres en tu semblante alterado.
Para engañar a los tiempos confórmate a sus mandatos:
tus ojos amor irradien y bien venidas tus labios.
Inocente flor el rostro, resplandezca con halagos;
mas áspid el alma sea bajo el follaje enroscado.
Pensemos en el que viene y deja solo a mi cargo
las empresas de esta noche, do nacerán días colmados.
de grandeza y de dominio.

MACBETH:

Hablaremos con despacio
de ese asunto.

LADY MACBETH:

Mas despeja la frente y los ojos en tanto,
que siempre el temor indica...

(Entra un CRIADO).

CRIADO:

Señor, el rey ha llegado.

(Vase).

LADY MACBETH:

Vé a su encuentro sin tardanza
y ábrele alegre tus brazos.

(Parte MACBETH).

Escena XII^[19]

Música. — MACBETH, que vuelve con el REY DUNCAN,
MALCOLM, DONALBAIN, BANQUO, LENOX, MACDUFF, ROSSE,
ANGUS, SEÑORES y ACOMPAÑAMIENTO.

DUNCAN:

Nuestra huésped^[20] apreciable,
dama hermosa del castillo,
el amor que me circunda
y que acepto agradecido,
donde quiera que me muevo,
a veces le deseara;
y a mis deudos favoritos
menos grave así sería.

LADY MACBETH:

Si el rendimiento sumiso
nuestro amor os ofreciera
con mil obsequios prolijos,
triplicándole tres veces
o hasta un número infinito,
fuera todo pobre muestra,
alarde fuera mezquino,
comparado con las honras
que sin cesar recibimos
de mano de vuestra alteza.
Por los favores antiguos,
por las recientes mercedes
con que os plugo distinguimos,
os recompensen los cielos.

DUNCAN:

A vuestro esposo seguimos,
castellana, muy de cerca.
Ser mensajero yo mismo
quería de mi venida;
pero cabalga tan vivo
en su lealtad y en su amor,
que mis esfuerzos previno.
Por esta noche, señora,

hospitalidad pedimos.

LADY MACBETH:

Vuestros vasallos, señor,
los suyos, sus señoríos
y cuanto les pertenece,
es solo para servicio
y feudo de vuestra alteza.
Si todo lo recibido
de vos os lo devolvieran,
nunca vuestros beneficios
pagaran como debían.

DUNCAN:

Nunca a mi valiente primo
pagaré yo lo que debo.
Permitidme...

(Le ofrece el brazo a lady Macbeth para salir).

Su heroísmo,
su lealtad, dan a mi trono solidez, honor y brillo.

(Parten todos. MACBETH se queda el último, y se vuelve a la escena).

Escena XIII^[21]

Música. — Atraviesan la escena muchos criados con antorchas, platos, jarras, manteles y otros preparativos para el banquete.

MACBETH:

Si estuviera consumado ya el acto, bien hecho fuera;
o si encerrase en sí misma la hazaña sus consecuencias,
con un éxito infalible o con la ruina cierta;
de modo que el duro golpe omnipotente pudiera
todo el mal o todo el bien llevar en sí de la empresa.
Entonces yo saltaría de este promontorio y vega
de los tiempos, sin espanto, a las regiones inciertas
y costas de lo futuro. Mas queda al alma cual rémora
de sus hechos la memoria; y las lecciones cruentas
que enseñamos, tornar suelen contra aquel que las enseña:
tal la justicia divina, vuelve a las manos protervas
del que preparó el veneno el cáliz en que se encierra.
Con doble fe yo le guardo; que hay sangre suya en mis venas
y soy su huésped también; y mi rastrillo y mi puerta
cerrar debo a su asesino, en vez de aguzar violentas
armas contra mi señor. Y ha sido, además, tan recta,
tan justa su vida toda, sus virtudes tan excelsas,
que ellas clamarán venganza; ellas con sonora lengua
pedirán justicia al cielo: y la pública clemencia,
cual alma de puro infante que sobre las brisas vuela
o cual celestial querube que cabalga en las tormentas,
a todos mi hecho execrable lanzará a la vista yerta
y los aires rasgarán suspiros y ardientes quejas
y con lágrimas calientes los taladrará la pena.
No siento agudo acicate dando a mi designio espuela,
sino es la audaz ambición que se enaltece soberbia
y que a sí misma se abrumba al mover su mole inmensa.

Escena XIV^s

EL MISMO. LADY MACBETH.

MACBETH:

Y bien, ¿qué nuevas, esposa?

LADY MACBETH:

Casi concluye la cena.
¿Por qué no vienes?

MACBETH:

¿Acaso nuestro huésped me espera?

LADY MACBETH:

¿Pues no lo sabes?

MACBETH:

Forzoso es que el hecho se suspenda;
que él me colma de favores y aun tengo en las sienas frescas
las guirnaldas que ha cortado mi espada en honrosa guerra.
Auríferas opiniones me ganaron mis proezas
de toda clase de gentes; y tan lozanas y nuevas
no las quiero desechar.

LADY MACBETH:

Y acaso ¿se hallaba ebria
la temeraria esperanza que a concebir te atrevieras?
Ebria se hallaba sin duda: durmió luego, ora despierta;
y con fatiga y espanto las grandes obras contempla
que engendrara en su alegría. Tu amor conozco... ¿no aciertas
a ser el mismo en los actos que eres, Macbeth, en ideas?
Las ventajas de la vida codicias; mas a perderlas
te resignas, si es preciso alcanzarlas con la fuerza.
¿Vivir quisieras cobarde allá en tu propia creencia?
Ves el fruto apetecido que tu ardiente gula anhela,
y le pierdes cual la zorra de fabulosa leyenda.

MACBETH:

Me atrevo a hacer cuanto cumple hacer a un hombre: el que intenta
hacer más que eso no es hombre.

LADY MACBETH:

¿Y qué alimaña o qué fiera

fue la que alzó el pensamiento hasta la augusta diadema?
¿No eras hombre cuando osado quisiste tú poseerla?
¿No eras hombre y no aspirabas a la celsitud suprema?
Ni el tiempo ni la ocasión propicios entonces eran;
y tú fabricar querías coyunturas lisonjeras
a tu capricho amoldadas: libres ahora se presentan;
y te espantas a su vistas y solo al mirarlas tiembras.
Yo he sido madre, Macbeth; yo he sentido la terneza
de una madre por el hijo que a sus pechos alimenta;
mas de haberlo así jurado, cuando la frente serena
del risueño amado infante mi regazo sostuviera;
cuando con mayor dulzura sus ojos resplandecieran
y al mirar los ojos míos su blando pecho latiera,
el pezón le arrancaría entonces a la boca tierna;
entonces estrellaría su frente contra una piedra.

MACBETH:

Si se malogra el designio...

LADY MACBETH:

No es posible, no: concentra
y remacha y atornilla tu valor y le sujeta
en el punto decisivo. Cuando nuestro huésped duerma
(y no tardará el momento ya de que el sueño le venza)
el vino y la intemperancia también a sus centinelas
oprimirán de tal modo que humo su razón se vuelva
y la memoria su oficio olvide en vapor envuelta.
Aletargados así los que vigilar debieran,
¿quién defenderá al rey Duncan? ¿qué señales y qué muestras
no dispondré por la alcoba hacinando las sospechas
en ellos del parricidio?

MACBETH:

¡Hijos varones engendra;
tus indómitas entrañas no deben concebir hembras!
Y si los mismos puñales de sus guardas nos sirvieran
y mancháramos de sangre sus rostros ¿no se creyera
que fue suya la perfidia, suya la traición horrenda?

LADY MACBETH:

¿Y quién osara negarlo cuando oyese en nuestra lengua
el penetrante alarido con que el dolor se revela?

MACBETH:

Estoy pronto. El tiempo emboza en falaces apariencias.
Encubra el falaz aspecto con miradas placenteras
del corazón fementido la devastadora guerra.

Acto segundo

Escena primera

*Castillo de Macbeth. — Noche. — Entran BANQUO y FLEANCE
precedidos de UN CRIADO con una antorcha.*

BANQUO:

¿Qué hora será, muchacho?

CRIADO:

Ya se ha puesto la luna.

BANQUO:

¿Traspone a media noche?

CRIADO:

Algo después se oculta.

BANQUO:

Toma mi espada. El cielo
velado en densas brumas
hendido de relámpagos
tempestuoso lucha.

Lóbregos vaticinios
me afligen y me abruman
cual si de plomo fueran.

¿Por qué empero repugna
a mi pecho el descanso?

El cielo las impuras
nefandas fantasías
borre que así me turban.
Dame la espada.

Escena II[§]

Los PRECEDENTES. MACBETH y UN CRIADO *con una antorcha.*

BANQUO:

¡Hola!
¿Quién va?

MACBETH:

El que duda
cómo seros más grato.
Macbeth.

BANQUO:

¡Señor! ¿Y aun dura
la vigilia? Su alteza
descansa ya. Fecunda
noche en placer le disteis;
ni recuerdo que nunca
tanto el rey se entregase
a joviales ternuras:
concedió a vuestras gentes
favores sin medida;
y este rico diamante
generoso tributa
en agradecimiento
a vuestra esposa.

MACBETH:

Mucha
es la bondad del rey;
me pesa que súbita
fue su venida tanto,
que no dejó oportuna
amplitud a mi obsequio.

BANQUO:

Habéis probado suma
lealtad y cortesía.
¿Sabéis que con las brujas
del yermo soñé anoche?
A vos, Macbeth, algunas

verdades os dijeron.

MACBETH:

No pienso en sus locuras;
y no obstante, algún día
sus palabras adustas
juntos recordaremos,
su gesto y apostura.

BANQUO:

Por solaz cuando os plazca.

MACBETH:

Y si mis conjeturas
no mienten, ganaremos
honra al par y fortuna.

BANQUO:

Si no arriesgo la mía
por las honras futuras,
si franco queda el pecho
y la conciencia pura,
seguiré vuestras huellas.

MACBETH:

En tanto las dulzuras
del reposo os deseo.

BANQUO:

Lo mismo a vos.

(Vanse BANQUO y su criado).

Escena III^s

MACBETH y CRIADO.

MACBETH:

Escucha.

Dí a tu señora que al estar la copa
de mi bebida suene la campana;
y tú vete a acostar.

CRIADO:

Os obedezco.^[22]

(Vase el CRIADO).

Escena IV⁸

MACBETH.

MACBETH:

Un puñal agudo mi vista persigue,
el puño a la mano viene sin cesar;
llega... Mas si es sombra lo que el ojo sigue,
si nunca mi brazo te puede alcanzar,
¿Acaso no eres, puñal homicida,
tan sensible al tacto como a la visión?
¿O eres de la mente imagen fingida
y de seso enfermo enferma creación?
Tan palpable forma tienes todavía
cual estotra daga que puedo yo asir.

(Desnuda su daga).

De estrella me sirves y ominosa guía.
mostrando el camino que dudo seguir.
A tí asemejaba el fiero instrumento
que aun antes de verte pensaba escoger.
Tal vez de la vista con juego violento
los otros sentidos burlan el poder.
O quizá la vista superior a ellos
la verdad descubre y avisa leal.
¡Aun vibras! Y sangre vierten los destellos
que antes no lanzabas de tu hoja fatal.
¿Será todo sueño... mera fantasía?
Del acto nefando letal precursor,
los ojos deslumbra, la mente extravía,
derrama en el pecho insólito horror.
Es la hora en que muerta sobre medio mundo
parece natura vasto panteón;
siniestros ensueños de terror profundo
el dormir asedian e infausta ilusión.
A Hécate holocaustos rinden a esta hora
las impuras magas con lúgubre voz;
y adusta y marchita se levanta ahora
del asesinato la imagen atroz.

Y al aullar del lobo, cual espectro leve,
clandestino paso comienza a mover;
y en torno a su presa furtiva se mueve
la sangre buscando que anhela verter.
Tú, tierra, asentada en firmes cimientos,
no sientas la huella de mi triste andar;
ni oigas de mis pasos ecos macilentos
que tus piedras luego puedan imitar.
En silencio escucha el horror presente
propio de la hora en que se abortó...
Mientras yo amenazo él vive y no siente;
el hálito es frío que al pecho quedó.
Frío es el aliento que vanas razones
lanzan en el rostro del activo obrar.

(Suena una campana).

La campana... acudo. No sus vibraciones,
Soñoliento Duncan, quieras escuchar.
Por ti dobla fúnebre el férreo badajo;
el infierno se abre o el cielo por ti.

(Vase).

Escena V^[23]

LADY MACBETH.

LADY MACBETH:

Mis vinos bebieron: traidor agasajo
que a ellos embriaga y me alienta a mi.

(Ruido).

¿Qué es eso? ¡Silencio! Sin duda sería
de fatal lechuza silbido feroz;
lo está haciendo ahora: las puertas tenía
entornadas ambas los goznes sin voz.
Los gentiles hombres apenas con vida
y roncros resuellos lanzando en su afán;
narcóticas drogas mezclé a su bebida
y en hondo letargo sumidos están.

MACBETH:

¿Qué me queréis? ¡Hola! *(Desde adentro).*

LADY MACBETH:

¡Ay! , si despiertos
se hallan y no pudo Macbeth concluir:
¡ah! Nuestros conatos serán descubiertos
quedando la empresa al fin sin cumplir.
Yo puse las dagas en la cabecera;
al instante mismo las pudo encontrar;
si dormido Duncan no se pareciera
a mi padre tanto, yo misma clavar...

Escena VI^s

MACBETH. LADY MACBETH.

LADY MACBETH:

Esposo...

MACBETH:

Ya el hecho está consumado.
¿Rumores no oíste?

LADY MACBETH:

Silbo agudo oí
de lechuza lóbrega. ¿Y tú no has hablado?

MACBETH:

¿Al volver ahora?

LADY MACBETH:

¿Cuándo?

MACBETH:

Creo que sí.
Escucha: ¿quién duerme en este aposento?

LADY MACBETH:

Duerme... Donalbain.

MACBETH:

¡Ah triste visión! (*Mirándose las manos*).

LADY MACBETH:

¿Por qué triste ?

MACBETH:

El uno reía contento;
Y gritaba el otro «piedad, compasión».
Entrambos despiertan al mutuo ruido;
yo los observaba con firme mirar;
rezaron sus preces y en el blando olvido
de profundo sueño vuelven a quedar.

LADY MACBETH:

En la misma estancia entrambos dormían...

MACBETH:

«Dios nos de su gracia» con mustio clamor
el uno en sus sueños; y ambos respondían
«amen» cual si vieran hierro matador
en estas mis manos de verdugo fiero
amagar sus vidas, su ensueño amagar;
ni mi labio pudo al son lastimero
responder piadoso ni «amén» pronunciar.

LADY MACBETH:

Mi señor, no pienses con angustia tanta.

MACBETH:

¿Y por qué no pude «así sea» decir?
Orar yo quisiera, más de mi garganta
el santo vocablo no pudo salir.

LADY MACBETH:

Examen no sufren actos tan violentos;
o en él sucumbiera la débil razón.

MACBETH:

Yo pensé que oía fúnebres acentos
diciendo «¡despierta! ¡despierta! ¡traición!
Macbeth asesina al sueño inocente;
al sueño que trenza con piadoso afán,
las hebras confusas que en la humana mente
penas y cuidados marañando van.
Asesina al sueño, muerte cotidiana;
del trabajo duro baño calmador;
bálsamo que al alma contristada sana;
del festín de vida sabroso licor».

LADY MACBETH:

¿Pero qué pretendes?

MACBETH:

Y luego decía
la voz con más fuerza doblando el gemir,
«¡despierta! el de Glamis mató al que dormía
y el de Cawdor nunca podrá ya dormir».
Perpetua vigilia mantendrá en sus ojos...

LADY MACBETH:

¿Y quien así hablaba? ¿acaso no ves
que tus altos hechos hundes en abrojos

ilusión mintiendo que fingida es?
vé, señor, con agua lava de tus manos
ese testimonio asqueroso asaz.
De imágenes tristes recuerdos livianos
ahuyenta del alma; renazca la paz.
Lávate las manos: ¿por qué los puñales
trajiste contigo? Vuélvelos allí,
junto a los que duermen y los cabezales
de sangre salpica. Manchados así...

MACBETH:

No voy más... yo... tiemblo de ver esta hazaña;
yo mis propios hechos no puedo mirar.

LADY MACBETH:

Tu ilusión acerba^[24], mi señor, te engaña,
el ánimo enfermo rindes al pesar;
el dormido, el muerto, ¿son más que pinturas
que solo amedrentan al ojo infantil?
Si sangre destilan aun las aberturas
que esculpió en su seno el hierro sutil,
rociaré con ella los guardas dormidos
que cual criminales han de aparecer. (*Sale*).

Escena VII[§]

MACBETH. — *Llaman afuera.*

MACBETH:

¿Quién llama? ¿qué fuerza tendrán mis sentidos
que el rumor más leve me hace estremecer?
¿Qué manos son estas? Me arrancan los ojos:
¿bastarán las aguas del profundo mar
a lavar sus manchas? No: tornarán rojos
mis dedos los mares que quieran tocar.

Escena VIII^s

DICHO. LADY MACBETH.

LADY MACBETH:

También en su sangre teñí yo la mia,
que traigo bañada del mismo color;
me avergüenza, empero, que un alma tan fría
en el pecho dome al alto valor.

(Llaman).

A las puertas llaman que dan al poniente;
vamos a la alcoba, y allí borrarán
pocas gotas de agua el hecho reciente;
¡cuán fácil remedio!

(Llaman).

Ven, llamando están.
Ven... ponte de blanco como si durmieras;
que si levantarnos pide la ocasión,
no te hallen vestido. Deja las quimeras;
vuelvan a tu pecho constancia y razón.

MACBETH:

Antes yo quisiera perder la memoria
que la hazaña infausta triste recordar.

(Llaman).

Duncan ¿no despiertas? ¡horrorosa historia!
¡Ojalá pudieras, Duncan, despertar!

Escena IX^[25]

UN PORTERO. — *Llaman.*

PORTERO^[26]:

Pues no está manco el que quiere entrar. Si fuera yo portero de las puertas del infierno no tendría que dar más frecuentes vueltas a la llave.

(Llaman).

¡Aldabonazo! ¿Quién va allá, en el nombre de Belzebú? Esta será el alma de algun labrador que se habrá ahorcado con la esperanza de buena cosecha. Ven en tiempo oportuno y trae pañuelos con que limpiarte el sudor, que harto los habrás menester si has de aguardar hasta entonces.

(Llaman).

¡Aldabonazo! ¿Quién va allá, digo, en el nombre del otro diablo? ¡Aldabonazo! y no se cansará por cierto. Allá van, allá van, con mil de a caballo.

(Abre).

Escena X⁸

DICHO. MACDUFF. LENOX.

MACDUFF:

¿Tan tarde te acostaste anoche que no has podido levantarte más temprano?

PORTERO:

A fe mía señor, que estuvimos festejando hasta que cantó el segundo gallo; y la bebida, señor, es grande despertadora de algunas cosas.

MACDUFF:

¿Y qué despierta la bebida?

PORTERO:

Despierta al sueño, al amor y a la voluptuosidad. Estimula y entorpece. Estimula el deseo y arrebatada la fuerza; enciende el corazón y paraliza los labios; persuade al hombre y al mismo tiempo le desanima hasta equivocarse al amor con el sueño y al deseo con la pereza. Grande embaucadora es la bebida.

MACDUFF:

Harto debió de embaucarte a ti anoche, según veo.

PORTERO:

En verdad, señor, que los dedos se me antojaban huéspedes.

MACDUFF:

¿Se ha levantado ya tu amo? Pero aquí viene. Nuestros aldabonazos le han despertado.

Escena XI^s

LOS MISMOS. MACBETH.

LENOX:

Felices días, noble señor.

MACBETH:

Bien venidos, caballeros.

MACDUFF:

¿Se mueve ya el rey?

MACBETH:

Todavía creo que no.

MACDUFF:

Me ordenó que le despertase temprano y casi ha pasado ya la hora.

MACBETH:

Os acompañaré a su estancia.

MACDUFF:

Sé que es una molestia agradable para vos, aunque siempre sea molestia.

MACBETH:

Aquella acción que nos agrada recompensa el trabajo que consigo lleva. He aquí la puerta.

MACDUFF:

Me atrevo a llamar, puesto que tales son sus órdenes.

Escena XII^s

LOS MISMOS, *menos* MACDUFF.

LENOX:

¿Parte hoy el rey de aquí?

MACBETH:

Así lo ha determinado su alteza.

LENOX:

La noche ha sido tumultuosa. El viento ha derribado las chimeneas de la habitación adonde dormíamos; y se dice que se han oído lamentos en el aire, lúgubres alaridos, y profecías que con terrible acento presagiaban horrores y revueltas, confusos sucesos, engendro de estos tiempos tenebrosos. El ave agorera no ha reposado de su triste cantar en toda la noche. Algunos dicen que estaba la tierra trémula y calenturienta.

MACBETH:

Tempestuosa noche ha sido.

LENOX:

En mi memoria no existe el recuerdo de otra igual.

Escena XIII^s

LOS MISMOS y MACDUFF.

MACDUFF:

¡Ah horror, horror, horror! ¡no hay pensamiento
que discernirte pueda, ni hay sonido
que te pueda nombrar!

MACBETH y LENOX:

¿Qué ha sucedido?

MACDUFF:

Consumose el delito más cruento
que pudo concebir la confusión:
sacrílego homicidio ha profanado
el templo del Señor y derrocado.
sin vida yace el numen^[27]. ¡Ah traición!

MACBETH:

¿Qué dices de homicidio? ¿Cuya vida?

LENOX:

¿Hablas del rey?

MACDUFF:

¡Os acercad, señores,
tended vuestra vista en los horrores
que el dormitorio encierra! ¡Ved herida
la majestad de muerte! Otro Gorgona,
terror a vuestra vista y vuestro pecho
veréis tornado el espantoso lecho;
y ahogada en regia sangre la corona.

(Salen todos).

Escena XIV^s

MACDUFF.

MACDUFF:

¡Despertad, despertad! ¡Ah del castillo!
Dejad del sueño las delicias vanas;
toquen rebato lúgubres campanas,
traición, traición, levántese el rastrillo;
Tú, Malcolm, Donalbain, Banquo fuerte,
acudid, acudid con vista umbría
cual si salieseis de la huesa^[28] fría
y en vez del sueño encontraréis la muerte.

(Suena una campana).

Escena XV[§]

LADY MACBETH y MACDUFF.

LADY MACBETH:

¿Qué pasa en mi castillo, por qué llamas
con tan acerba voz?

MACDUFF:

Gentil señora,
permitid que os lo oculte; destructora
fuera mi narración y en vivas llamas
los ecos de mi lengua y en derretido
plomo se tornarían y en veneno,
si penetrar pudieran vuestro seno;
y al pasar os rasgaran el oído.
Banquo, Banquo.

Escena XVI^s

LOS MISMOS. BANQUO.

BANQUO:

Señor.

MACDUFF:

El soberano
es muerto.

LADY MACBETH:

¡Desdichada! ¿Y en mi casa?

BANQUO:

¡Donde quiera cruel! Macduff, repasa
la mente y te desdice.

Escena XVII^s

LOS MISMOS. MACBETH. LENOX.

MACBETH:

¡Ah si el vano
aliento de la vida yo perdiera
antes de ver tan horroroso día!
¡Feliz entonces la existencia mia!
¿Qué vale ya el vivir? ¡oh suerte fiera!
Percieron la gracia y el renombre:
de la existencia el néctar regalado
en hez sucia amarga se ha trocado:
¿qué esperanza, qué bien, quedan ya al hombre?

Escena XVIII^s

LOS MISMOS. MALCOM. DONALBAIN.

DONALBAIN:

¿Y a quién hirió tan grave desventura?

MACBETH:

A vosotros, infantes, en la frente;
que no ha de correr más la augusta fuente
y el manantial de vuestra sangre pura.
Pereció vuestro padre asesinado.

MALCOM:

¿Por la mano de quién?

LENOX:

Muerte le dieron
sus custodios, sin duda. Ni aun quisieron
la traición disfrazar; que ambos manchado
el rostro con la sangre mantenían;
y no enjutas las dagas y estampadas
sus formas por las sucias almohadas.
Viéndose sorprendidos, no sabían
qué disculpa fingir; nunca la suerte
se les debió fiar del regio aliento
ni tan noble custodia.

MACBETH:

Me arrepiento
ya del furor con que les dí la muerte.

MALCOM:

¿Y por qué los mataste?

MACBETH:

¿A quién es dado
reunir con la pasión sabiduría?
¿quién a la vez frenético sería
y furioso a la vez y moderado?
En mí venció un amor ciego y vehemente
la voz de la prudencia mesurada:
a un lado yace Duncan, la argentada

cabellera teñida y noble frente
con esmaltes de sangre; sus heridas
abriendo al parecer anchos caminos
a común destrucción; los asesinos
al otro lado yacen, reteñidas
las dagas hasta el puño en sangre y rojos
los semblantes y manos. ¿Quién pudiera
si un corazón amante en él latiera
cerrar a tanto mal cobardes ojos?

LADY MACBETH:

¡Socorredme, ay de mi!

MACDUFF:

Prestad ayuda
a nuestra castellana.

MALCOM:

¿Y macilentos
oiremos sus lamentos
con apagado labio y lengua muda
nosotros a quien toca este debate?

DONALBAIN:

¿Y qué decir aquí de tanto insulto?
En los antros del Ogre^[29] se halla oculto
el destino que fiero nos combate
y ocasión solo espera
ya para destruirnos. ¡Ah! partamos,
y el llanto aun no formado suspendamos.

MALCOM:

Antes huir que la dolencia fiera
paralice los pies a nuestra huida.

BANQUO:

Socorred a milady.

(Se la llevan).

Escena XIX^s

LOS MISMOS, *menos* LADY MACBETH.

BANQUO:

Caballeros,
al concluir los ayes lastimeros,
holocausto del alma conmovida,
pensemos sin tardanza
cómo entender la felonía sangrienta;
la duda suspicaz que me atormenta,
fuerza es desvanecer con la esperanza
de vindicta^[30] cruenta.
Yo a la mano de Dios me entrego todo;
desde ella lidiarán espada y brazo
contra el acto cruel.

MACBETH:

Celoso abrazo
tu pensamiento.

LENOX:

Yo del mismo modo.

TODOS:

Y yo; y yo también.

MACBETH:

Todos pasemos
sin tardar al salón; y cual valientes
estudiemos los hechos inclementes
que en orfandad nos dejan.

TODOS:

Sí, marchemos.

(Salen).

Escena XX[§]

MALCOLM y DONALBAIN.

MALCOLM:

¿Y qué piensas tú hacer? No nos conviene con ellos aliarnos; que es muy fácil para el alma alevosa sumergirse en dolor no sentido. Yo a Inglaterra partiré desde luego.

DONALBAIN:

Yo a la Irlanda.
Separadas podrán nuestras fortunas guarecerse mejor. En este sitio dagas oculta el hombre en su sonrisa; y el más cercano en sangre, sanguinario mas que los otros es.

MALCOLM:

La aguda flecha que con traición nos dispararon hoy, aun vibra silbadora en nuestro oído y nos cumple evitar su puntería. A caballo al instante; y no seamos en pedirles la venia muy corteses. Escapemos, hermano. Cuando acaba toda misericordia, no es la fuga ni vil ni deshonrosa. Voy...

DONALBAIN:

Te sigo.

Escena XXI^[31]

Fuera del castillo. — ROSSE y UN VIEJO.

VIEJO:

Tres veintenas y media ya he contado;
y en el volumen de tan largo tiempo
extraños casos vi y horas horribles;
pero la noche última ha borrado
todo el previo saber de mi experiencia.

ROSSE:

Tú, buen anciano, ves los cielos mismos
al observar al hombre, cuán temibles
su teatro amenazan que es el mundo.
Por la cuenta del tiempo es ya de día;
la noche, sin embargo,
apaga con su lóbrego letargo
la rutilante lámpara del cielo,
y domina sombría,
y a la aurora reboza con su velo;
así la tierra yace sepultada
en honda obscuridad y en pesadumbre,
cuando brillar debiera arrebolada
del sol en viva lumbre.

VIEJO:

Tan poco naturales las tinieblas
como el hecho feroz que hemos oído.
El martes que pasó vi enaltecido
y orgulloso en su fuerza y jerarquía
volar un halcón fuerte
y una lechuza vil que le seguía
le aprisionó en el aire y le dio muerte.

ROSSE:

Y de Duncan los dóciles corceles,
de su raza hermosísimos joyeles^[32],
furiosos quebrantaron a deshora
la sólita obediencia;
las bridas destrozaron
y raudos por los campos se fugaron;

cual si a toda la tierra
declarasen y al hombre cruda guerra.
Pero... viene Macduff.

Escena XXII^s

LOS MISMOS. MACDUFF.

ROSSE:

¿Y qué hay de bueno?

MACDUFF:

¿Acaso vos lo ignoráis?

ROSSE:

¿Mas quién perpetró el delito?

MACDUFF:

Sus chambelanes^[33]. Macbeth les dio la muerte allí mismo.

ROSSE:

¡Dios eterno! ¿y qué querían?

MACDUFF:

Dicen que los propios hijos de Duncan los sobornaron. Así entrambos han huido.

ROSSE:

¡Herir al que les dio vida! ¡Horrible y atroz designio!
¡Ciega ambición, insaciable, que chupas con labio impío
jugo de tus propias venas! ¿Y en Macbeth caerá el dominio?

MACDUFF:

Ya está aclamado y se halla con la corte en el camino
de Escona^[34], do jurar piensa.

ROSSE:

¿Y el cadáver donde ha ido?

MACDUFF:

Le llevan a Kolmes-kill^[35], adonde en santo recinto
descansan nuestros reyes los despojos.

ROSSE:

¿Piensas, primo,
concurrir también a Escona?

MACDUFF:

Irme pienso a mi castillo.

ROSSE:

Pues yo a la coronación.

MACDUFF:

Quieran los cielos benditos
que todo pase allí en paz. A Dios. Los nuevos vestidos
holgados ojalá sean como los que hemos perdido.

ROSSE:

A Dios, buen viejo.

VIEJO:

Él os guarde y os favorezca propicio;
y a todos los que desean dar paz a sus enemigos,
trocando el mal cotidiano en un influjo benigno.

(Parten).

Acto tercero

Escena primera

Cuarto en el palacio de Fores. — BANQUO solo.

BANQUO:

Señor eres ya de Glamis y príncipe; los enigmas
no fueron a ti falaces. Mas con juego parricida
quizá ganaste el augurio de las falsas profetisas.
El trono, empero, negaron y la corona a tu línea;
y dijeron que raíz, tronco y principio sería
yo de muchos soberanos. Si abandonar la mentira
pudieron aquella vez las nocturnas adivinas,
y a ti, Macbeth, no engañaron, ¿por qué de sus profecías
no he de tener confianza...?

Escena II^s

Música. — BANQUO. MACBETH *vestido de rey.* LADY MACBETH *vestida de reina.* LENOX. ROSSE. SEÑORES. SEÑORAS.
ACOMPAÑAMIENTO.

MACBETH:

Mi amigo Banquo, cumplida
felicidad te deseo.

LADY MACBETH:

Nuestro Banquo... gran desdicha
su ausencia fuera por cierto; y pobre festín sería
el nuestro si él no le honrase.

MACBETH:

Yo me prometo que asista
el mejor de mis vasallos al banquete.

BANQUO:

Mi sencilla
lealtad y mi amor, señor, a serviros solo aspiran
siempre y en todo.

MACBETH:

¿Esta tarde cabalgas?

BANQUO:

Me proponía
hacerlo así.

MACBETH:

Pues entonces... tu voz noble siempre y digna
deseaba en mi consejo. Mas no importa; que otro día
daremos a este negocio. ¿Vas lejos?

BANQUO:

Cuanto permita
la luz del sol cabalgar; y si mi bridón no aguija
a la noche una o dos horas pedir tengo.

MACBETH:

No se diga,
empero, que al festín faltas.

BANQUO:

Lo prometo.

MACBETH:

¿Las noticias
no has oído más recientes? Dicen que hallaron guarida
en Inglaterra e Irlanda nuestros primos; maravillas
cuentan por allí a las gentes; y ambos niegan la perfidia
execrable de su hazaña. Pero de esto cuando asistan
los ministros al consejo se tratará. ¿Y compañía
te hace Fleance en tus paseos?

BANQUO:

Sí señor, que a la fatiga
ha de usarse el buen soldado ya desde la cuna misma.
Con vuestra venia, señor.

MACBETH:

A Dios, Banquo, hasta la cita.
Veloces sean tus corceles y dóciles a la brida;
te encomiendo a su nobleza. A Dios.

Escena III^s

TODOS, *menos* BANQUO.

MACBETH:

El tiempo que dista
hasta el festín, caballeros, quedáis libres; mas cumplida
satisfacción tendré luego al veros, pues me precisa
estar hasta entonces solo. A la hora convenida...

(Salen todos los señores y damas).

Escena IV⁸

MACBETH y UN SIRVIENTE *que sale después.*

MACBETH:

¿Esperan esos hombres?

CRIADO:

Están, señor, ocultos en palacio.

MACBETH:

Entren sin dilación.

(Sale el CRIADO.)

No es existencia
la que se arrastra así, pues no es segura.
Mas a Banquo sospecho cada instante;
que en su mente magnánima domina
la inspiración divina
de terrible virtud. Audaz, prudente,
orgullosa y paciente,
de vigor rico, de ambición y calma
al poder de su alma
sirve de docta guía
la firme y perspicaz sabiduría.
Solo de Banquo el poderoso aliento
me puede intimidar; pero me siento
ante su genio mustio y humillado
cual a vista del Cesar Marco-Antonio.
Ceño duro y airado
mostró Banquo a las brujas previsoras
que el trono me ofrecían
aunque a su descendencia prometían
con recóndito arcano
también cetro y dominio soberano.
Corona infructuosa
me anunciaron con lengua misteriosa:
y estéril monarquía,
que ha de arrancarme un día
el destino fatal, sin que a mi muerte

mis hijos me sucedan. Si la suerte
así lo decretó, mancille mi alma
por los hijos de Banquo; en su provecho
teñí con sangre de Duncan el lecho.
Para alcanzarles el augusta palma,
cargué yo de rencores ponzoñosos
el bajel de mi paz; con triste halago,
del ánima inmortal, por ellos hago
presente al enemigo de los hombres;
porque con regios nombres,
poderosos ocupen regia silla
los que engendrare ¡oh Banquo! tu semilla.
Antes que así se cumpla, ven, destino,
ven a lidiar conmigo en cruda guerra
por los ámbitos yertos de la tierra
y perezcamos todos. ¿Quién va? ¡Hola!

Escena V⁸

EL MISMO. DOS ASESINOS y UN CRIADO *que vuelve a salir cuando Macbeth se lo manda.*

MACBETH:

(Al criado). Hasta que llame espera.

(Sale el CRIADO.)

Me parece
que nos vimos ayer.

ASESINO 1:

Si así os agrada.

MACBETH:

Ya desde entonces meditado habréis
el peso y gravedad de mis palabras;
recordaréis que él fue quien os condujo
en el pasado tiempo a la desgracia
y a la dura aflicción. Ya os hice bueno
por qué medio a los dos se extraviara;
cómo vuestros designios se cruzaron;
cuáles los instrumentos que labraban
vuestro mal y ruina; y otras cosas
que a la razón dijeron menos sana
esa es obra de Banquo.

ASESINO 1:

Así lo oímos.

MACBETH:

Así os lo demostré con pruebas claras;
indicando, además, cuáles serían
los negocios que aquí nos ocuparan.
¿De paciencia tan grande estáis dotados
o tan benignas son vuestras entrañas
que no os mueven al mal tantos ultrajes?
¿Domina el Evangelio vuestras almas
tanto que bien hagáis al que os persigue
y cuya fuerte mano os doblgara
hasta dar en la huesa vuestra frente

y hundir en la miseria vuestra raza?

ASESINO 1:

Somos hombres, señor.

MACBETH:

Sí, como tales
en el registro estáis de gente humana.
Mas advertid que gozques y lebreles
y dogos en común perros se llaman;
aunque suele el catálogo hacer luego
reseña de los dones que otorgara
natura liberal a cada uno;
estos pausados, esos de batalla,
venatorios aquellos o domésticos,
el protocolo dice que señala
su título especial a cada clase;
y así los hombres. Ahora bien: si plaza
tenéis en la trailla^[36] y no es acaso
la postrera y más vil y desdichada,
hablad; y tal asunto a vuestros pechos
me atrevo a transmitir, que hoy mismo caiga
vuestro duro enemigo y yo consiga
con mis vasallos tiempos de bonanza.
Mi salud yace enferma de su vida;
y solo con su muerte se aliviara.

ASESINO 2:

Soy un hombre, señor, a quien el mundo
tantos reveses dio y heridas tantas,
que en mi furor hiciera cuanto es dable
por injuriar al mundo.

ASESINO 1:

Tan ingrata
me fue siempre fortuna, estoy tan harto
de sus desastres, penas y desgracias,
que arriesgara mi vida a cualquier juego
para perderla pronto o mejorarla.

MACBETH:

¿A Banquo conocéis por enemigo?

ASESINO 1:

Sí, mi señor.

MACBETH:

Pues a mortal distancia
es lo mio también; y cada instante
que su execrable vida se dilata,
es para mi existencia aguda vira
que la mente y el pecho me taladra.
Y aunque pudiera con legales formas
y con designio y pública venganza
borrarle para siempre de mi vista,
me es fuerza conocer que a Banquo aman
muchos de mis primeros cortesanos
y no puedo abdicar su confianza;
lamentar me es preciso la caída
del mismo a quien aterro; y que velada
la muerte quede que le deis vosotros
en misteriosas sombras, tan opacas
que no haya luz que penetrarlas pueda.

ASESINO 2:

Se cumplirá, señor, como lo mandas.

ASESINO 1:

Aunque mi propia vida...

MACBETH:

Resplandece
vuestro espíritu ya en vuestras miradas.
A lo sumo en una hora os diré dónde
emboscaros debéis. Las circunstancias
estudiad más prolijas del momento,
del sitio y la sazón; y que grabadas
os queden en el ánimo de modo
que imposible encontréis el olvidarlas.
Esta noche se cumpla; del palacio
entre las alamedas separadas,
pues de mí han de alejarse las sospechas;
y porque la obra quede consumada,
sin retazos, sin dudas ni tropiezos,
ya que Fleance su hijo le acompaña,
y su ausencia me importa por lo menos
al par de la del padre, vuestras armas

le envuelvan de aquel hora en el destino.
Resolveos aparte en esa estancia.

ASESINO 2:

Ya lo estamos, señor.

MACBETH:

Entrad os digo:
yo volveré a buscaros sin tardanza.
Concluyó este negocio. Si está escrito
¡oh Banquo! que en su vuelo irá tu alma
a descansar al cielo, tu viaje
para esta misma noche se prepara.

Escena VI^[37]

Otro lugar del palacio. — LADY MACBETH y UN CRIADO que sale luego.

LADY MACBETH:

¿Ha salido ya Banquo de la corte?

CRIADO:

Sí señora, mas presto se le aguarda.

LADY MACBETH:

Dile al rey mi señor que solicito
un momento de audiencia.

(Vase el CRIADO.)

LADY MACBETH:

Nada, nada
se consigue ¡hay de mí! si a enorme precio
el logro de un deseo al fin se alcanza
sin goces ni alegría. Es más seguro
víctima perecer de mano airada,
que ser su inmolador, así aspirando
del júbilo a gozar la imagen vana.

Escena VII[§]

LADY MACBETH. MACBETH.

LADY MACBETH:

Y bien, noble señor, ¿por qué tan solo?
¿por qué solo el pesar os acompaña?
¿por qué os alimentáis de pensamientos
que ya morir debieron con su causa?
Lo que acaso carece de remedio
debiera carecer de remembranza^[38].
lo que hecho está se olvide ya por hecho.

MACBETH:

Quebrantó la serpiente nuestra audacia,
pero no la hemos muerto; que repuesta
a su ser volverá; y abandonada
y de la antigua mordedura en riesgo
quedará al fin nuestra malicia infausta.
Descoyúntese, pues, naturaleza;
los ejes del empíreo^[39] se deshagan;
sufran los mundos todos en buen hora,
antes que nuestro pan al labio vaya
amasado en terror y en amargura;
antes que hórridos sueños de fantasmas
pueblen nuestro dormir. Más nos valiera
con los muertos estar que ya lanzara
nuestra mano el sepulcro, que la vida
entre afanes pasar siempre angustiada.
Duncan duerme en su huesa reposado:
de la agitada vida en paz descansa.
Cuanto mal la traición hacerle pudo
ya consumado está ni aleve^[40] daga,
ni ponzoña o revueltas interiores
o guerras extranjeras, de su calma
romper el curso pueden.

LADY MACBETH:

Señor mio,
suavizad vuestras ásperas miradas;
mostraos en el festín jovial y afable

a las turbas de nobles que os aguardan.

MACBETH:

Así lo haré, señora, y te suplico
que en el banquete así también lo hagas.
A Banquo recordemos con frecuencia.
Tus ojos y tu lengua las más altas
lisonjas le prodiguen. Inseguros
estamos ¡oh mujer! cuando en las aguas
de la mentira nuestro honor manchado
nos es fuerza lavar. ¡Cuánta constancia
para trocar cada hora voz y rostro
en visera del alma atribulada
porque así sus facciones no se vean!

LADY MACBETH:

No desgarréis, señor, las hondas llagas
del corazón doliente.

MACBETH:

Amiga, esposa,
millares de escorpiones, las entrañas
me corroen con diente venenoso.
¿Sabes que Banquo y Fleance ora cabalgan
y que alientan felices?

LADY MACBETH:

¿Pero el plazo
es de su vida eterno?

MACBETH:

La esperanza
de que son vulnerables me consuela.
Regocíjate, pues, que antes que el alba
termine del murciélago enclaustrado
el fatídico vuelo; antes que salga:
escamoso nocturno escarabajo
con el zumbido de las negras alas
tocando soñoliento, infausto doble,
oirás un hecho de hórrida importancia.

LADY MACBETH:

¿Y cuál es?

MACBETH:

De este crimen sé inocente
hasta que consumado ya le aplaudas.
Ven, ven, lóbrega noche, y cubre el día;
y con mano invisible, ensangrentada,
rompe las ligaduras que me oprimen
y el rostro empalidecen. Tu luz clara
ya se condensa ¡oh día! y ya hacia el bosque
hiende el cuervo los aires; ya se alzan
los oscuros agentes de la noche,
mientras la última luz cede y se apaga.
Mis acentos te causan maravilla;
no quieras penetrar en lo que callan;
pues las obras que en mal se principiaron
solo el mal las prosigue y las acaba.
Ven conmigo, señora.

LADY MACBETH:

Ya te sigo.

Escena VIII^[41]

Parque con una alameda que conduce al palacio. — TRES ASESINOS.

ASESINO 1:

¿Quién mandó que te juntaras
con nosotros dos?

ASESINO 3:

Macbeth.

ASESINO 2:

¿A qué tanto requisito?
¿Qué tenemos que temer
cuando nuestro oficio sabe
y a qué venimos?

ASESINO 1:

Pues bien,
acompañémos si quiere
y alerta. Ya no se ven
lucir en el horizonte
huellas del día que fue.
Ya el retardado viajero
aguija^[42] su palafrén
y la venta apetecida
piensa a la distancia ver.
Presto vendrá el que aguardamos.

ASESINO 3:

¡Silencio! Que oigo el tropel
de gentes y de caballos.

BANQUO:

¡Una luz! ¡Hola! (*Desde adentro*).

ASESINO 2:

Y él es:
que los otros convidados
ya están dentro.

ASESINO 2:

Viene a pie,
y los caballos entrega.

ASESINO 3:

Así acostumbran hacer
los que acuden al palacio;
que hay orden para que den
allí sus cabalgaduras.

Escena IX^s

LOS MISMOS. BANQUO y FLEANCE precedidos de UN CRIADO
con un hacha encendida.

ASESINO 2:

Aquí llega.

ASESINO 1:

Arremeted
con firme aliento.

ASESINO 2:

Trae luces.

ASESINO 3:

¿No nos puede conocer?

ASESINO 2:

Manos a la obra y firmes.

BANQUO:

Me temo que va a llover.

ASESINO 1:

¡Caiga el agua! (*Asaltándole*).

ASESINO 3, ASESINO 2:

(*Arremetiendo*). Caiga, caiga.

BANQUO:

¡Traición! ¡Fleance!

ASESINO 3:

Muere, infiel.

BANQUO:

Huye, Fleance, hijo querido;
huye y véngame después.
¡Vil esclavo!

(*Muere Banquo. — FLEANCE y el CRIADO huyen*).

ASESINO 3:

¿Quién la antorcha

apagó?

ASESINO 1:

¿Qué no hice bien?

ASESINO 3:

No ha caído más que el padre.

ASESINO 2:

Pues si el hijo se nos fue
la mejor mitad perdimos
del negocio

ASESINO 1:

Vamos, ven
a decir lo que hemos hecho.

Escena X^[43]

*Sala de estado en el palacio. — Banquete preparado con la posible ostentación en las luces y lujo de la mesa y de los concurrentes. —
Entran MACBETH, LADY MACBETH, ROSSE, LENOX, SEÑORES
y ACOMPAÑAMIENTO.*

MACBETH:

Supuesto que sabéis, nobles señores,
la gradación debida y los honores
que goza cada cual, tomad asiento;
como huésped también sentarme cuento.

SEÑORES:

Señor, agradecemos la merced.

MACBETH:

Alegres vuestras copas disponed,
que yo la bienvenida
pediré a nuestra huéspedada.

LADY MACBETH:

Cumplida
yo os la mando, con toda la efusión
que inflama mi amistoso corazón.

Escena XI^s

*El PRIMER ASESINO se presenta embozado en la puerta; mientras
LOS SEÑORES hablan le observa MACBETH.*

MACBETH:

Y ellos te corresponden
y con el grato corazón responden
iguales en amor y cortesía.
También se iguale, pues, vuestra alegría;
ahora me sentaré; gozad en tanto
de jovial libertad el dulce encanto.
Llénense vuestras copas.

(En la puerta al asesino, aparte).

Traes la frente
manchada en sangre.

ASESINO:

Y aun está caliente,
que es la sangre de Banquo.

MACBETH:

¿Le has matado?

ASESINO:

Yo mismo el corazón le he traspasado.

MACBETH:

¡Excelente puñal! También lo fuera
el que a su hijo Fleance muerte diera.
Si así lo hiciste tú no tienes precio.

ASESINO:

Fleance, señor, huyó.

MACBETH:

¿Pues cómo, necio,
le dejaste escapar, si su existencia
es la grave dolencia
de mi presente estado?
Si no fuera por él consolidado
cual fuerte roca mi poder se hallara

y cual los aires libres se espaciara;
ora me siento estrecho, reducido
y entre dudas horribles comprimido.
¿Está Banquo seguro?

ASESINO:

Heridas veinte
distribuidas entre cuello y frente,
mortal la más pequeña, le hemos hecho;
y más de doce abrimos en su pecho;
en una zanja queda. Estáis servido.

MACBETH:

La serpiente cruel postrada ha sido;
el gusano escapó; pero su seno
antes de mucho engendrará veneno:
de robustez carece todavía...
Vete y vuelve mañana al ser de día.

Escena XII[§]

TODOS, *menos* EL ASESINO.

MACBETH:

Y ellos te corresponden
y con el grato corazón responden

LADY MACBETH:

¿No brindas, caro esposo?
¡Cuán triste es el festín más suntuoso
si alegres brindis, si franqueza pura,
no vierten mientras dura
cordialidad en torno!
¿Qué más brillante adorno,
qué manjar exquisito se hallaría
mas sabroso que amor y que alegría?

MACBETH:

Tu justa corrección, señora, admito.

(Brindando).

Brindemos porque siga al apetito
plácida digestión, salud robusta.

ROSSE:

¿Pero su alteza, descansar no gusta?

LENOX:

¿No os sentáis, mi señor?

*(Aparece el ESPECTRO de BANQUO, y se sienta en el sillón de
Macbeth).*

MACBETH:

En este punto
mis techos cobijaran todo junto
el honor de la Escocia, si presente
Banquo se hallara entre mi noble gente;
con nosotros se muestra desdeñoso.

ROSSE:

Y su oferta en cumplir poco afanoso;
mas que os plazca señor, os rogaría
hacernos compañía.

MACBETH:

Dejadme, pues, un lado.

LENOX:

Tenéis el lugar vuestro reservado.

MACBETH:

¿Adónde?

LENOX:

Aquí, señor.

(MACBETH mira al sillón, ve la sombra de Banquo y se estremece).

A la cabeza.

¿Está acaso indispuerto vuestra alteza?

MACBETH:

¿Quien osó entre vosotros hacer esto?

SEÑOR:

¿El qué, príncipe augusto?

MACBETH:

No me podrás decir tú lo has dispuesto.
Hacia mí en vano tu semblante adusto
diriges sacudiendo en guisa fiera
la ensangrentada y yerta^[44] cabellera.

ROSSE:

Su alteza no está bien; alzado, señores.

LADY MACBETH:

Recobrad vuestros puestos: los dolores
de crónica dolencia le atormentan
y se agravan y aumentan,
si alguien el mal examinar parece.
que desde la niñez el rey padece;
cenad en paz os pido.
¿Eres hombre, Macbeth? (*A Macbeth*).

MACBETH:

Sí, y atrevido,

pues mirar puedo aquello que cegara
al mismo Lucifer si lo mirara.

LADY MACBETH:

¡Mísera infatuación y desventura!
¿No ves que esas fantasmas son pintura
de ignoble miedo y del terror son hijas?
Siempre a tus ojos fijas,
ya la figura vaga
de uno que feneció; y ya la daga
que imaginaste ver en tu despecho
cuando buscabas de Duncan el lecho.
Estas súbitas rachas y temores,
(del miedo vil aciagos impostores)
estos misterios tristes y portentos,
recítense en los cuentos
con que anciana matrona se recrea
sentada al fuego de ancha chimenea
en las noches de invierno;
que son en ti, señor, baldón^[45] eterno:
¿cuando todo acabó Macbeth se humilla?
¿los ojos clavas en la hueca silla?

MACBETH:

Le ves; mírale allí, mira cuál mueve
la sangrienta cabeza y vista leve.
¿Qué me importan tus señas y misterios?
Si ya pueden volver los cementerios,
desde su seno inmundo,
los cadáveres yertos a este mundo,
las entrañas serán de los milanos
de hoy mas los aposentos
de nuestros funerales monumentos.

(Desaparece el espíritu).

LADY MACBETH:

¿Cómo? ¿tan abatido? ¿tan postrado?

MACBETH:

Si cierto es que aquí estoy, Banquo ha estado
ocupando esa silla.

LADY MACBETH:

¡Qué demencia!

MACBETH:

En los antiguos tiempos, con frecuencia
sangre humana ha corrido;
antes que depurada hubiera sido
con leyes y estatutos nuestra suerte.
Desde entonces, también se han dado muerte
los hombres, perpetrando alevosías
por inauditas y horrorosas vías.
Pero cuando el cerebro roto estaba
o la cabeza al tronco se arrancaba,
la vida fin tenía y fin completo,
sin que volviese tétrico esqueleto
al mando del viviente,
con cien asesinatos en la frente
y con mirar terrífico y extraño
a usurpar nuestra mesa y nuestro escaño.

LADY MACBETH:

¡Ah con cuánto dolor, cuánta tristeza
os ve así padecer nuestra nobleza!

MACBETH:

Deudos y amigos, perdonad mi estado.
La antigua enfermedad se ha renovado
y me aquejaba ahora,
pero súbitamente se mejora.
Salud y amor a todos los presentes;
de aromáticos vinos transparentes
colmad hasta los bordes,
las copas de oro en el placer acordes;
con júbilo brindemos;
y antes que yo me siente,
gozosos y a la par las apuremos.

(Se levanta el espectro de Banquo).

A la salud de nuestro amigo ausente,
del gran Banquo, bebamos;
pues todos deploramos
su lamentada ausencia;

y la benevolencia
os sirva de placer y de provecho,
que respira mi pecho
con vuestro amor ufano.

SEÑORES:

(Bebiendo). Por el brindis que ha dado el soberano.

MACBETH:

¡Afuera, espectro, aparta de mi vista!
Pide a Dios que te asista;
de tuétanos carece tu osamenta;
no hay calor en tu sangre; no, ni hay cuenta
ni hay especulación en la mirada
que tienes en mis ojos enclavada.

MACDUFF:

Considerad ¡oh pares! solamente
en esta enfermedad un accidente
ya en mi noble señor envejecido;
siento que agüe^[46] el contento prometido.

MACBETH:

Haré cuanto hacer pueda hombre animoso.
Preséntate a mi vista como el oso
remendado de Rusia; o a mi mano
como el rinoceronte o tigre hircano^[47]
o toma otra semblanza aun más horrenda;
y en batalla tremenda
agota tu despecho
contra mi fuerte brazo y duro pecho;
o vuélvete a la vida
y con lanza temida
más que en la tempestad el ígneo lampo,
espérame el campo;
y si tu hierro evito fulminante
no me tengas en más que a tierno infante
de mozuela liviana.

(Desaparece el espíritu).

¡Huye, huye de aquí, visión horrible;
huye, espectro temible;

fingida sombra fiera;
 imagen pavorosa, afuera, afuera!
 ¿Y cómo así? desapareció y al alma
 tornan la fuerza y la perdida calma.
 Mis amigos, repito que os sentéis.

LADY MACBETH:

La alegría, señor, turbada veis
 con tan fatal desorden.

MACBETH:

¿Pues acaso
 pueden tales visiones abrir paso
 por nuestra fantasía
 y el alma verlas impasible, fría,
 cual ven los ojos que a los cielos sube
 en el verano pasajera nube?
 de mi propia entidad dudar me hiciste
 al observar que en paz tal cosa viste;
 y que el infierno mismo no te humilla,
 ni sus matices roba a tu mejilla,
 mientras baña las mías el temor.

ROSSE:

¿Qué visiones son esas, mi señor?

LADY MACBETH:

No, no le interroguéis, os lo suplico;
 cuando su mal se agrava como ahora,
 dáñale ver en torno gentes juntas
 las palabras le dañan y preguntas,
 solo en la soledad halla mejora.
 Dejadle, mis amigos, yo os lo ruego;
 no os tenga la etiqueta. Salid luego.

LENOX:

Mejoría a su alteza deseamos.

LADY MACBETH:

Feliz noche, señores.

LENOX:

Vamos.

SEÑORES:

Vamos.

(Salen señores y acompañamiento).

Escena XIII^s

MACBETH. LADY MACBETH.

MACBETH:

Mi sangre Banquo anhela, que ha corrido,
siempre sangre por sangre en este mundo.
De su cepo profundo
las montañas tal vez se han desprendido
y al mar se han arrojado.
Los árboles se dice que han hablado;
y hoy la entraña observando de los cuervos,
adivina el augur de hombres protervos^[48]
los hechos sanguinarios
y de la muerte los sucesos varios.
¿Qué hora podrá ya ser?

LADY MACBETH:

Pronto la aurora
disputará el imperio de esta hora
a la noche callada.

MACBETH:

Macduff no tuvo en nada
desairar mi convite.

LADY MACBETH:

Ya lo he visto,
y el despecho y la ira mal resisto.
¿Sabes la causa tú?

MACBETH:

La sabré presto;
que en casa de esos nobles que detesto
tengo muchos criados
con oro y esperanzas sobornados.
Antes que soplen matutinas brisas,
consultaré también las profetisas.
Yo buscaré remedio;
yo sabré lo peor por el peor medio.
Cedan causas y efectos al bien mio;
que de sangre vadeo un ancho rio;

y si seguir temiera,
más largo y más tedioso volver fuera
de en medio la corriente,
que el tránsito cumplir. Tengo en la mente
cosas en embrión de grande empeño.

LADY MACBETH:

Pero advertid, señor, que os falta el sueño
preciso a la natura.

MACBETH:

Vámonos a dormir. Esta tristura
que continuo me agita,
el temor ha de ser, que necesita
ardua costumbre y fuerza,
nos es nueva esta vía
uso le falta al crimen todavía.

Escena XIV^[49]

Un campo yermo. — Truenos. — Entran HÉCATE y las TRES BRUJAS.

BRUJA 1ª:

¿Estás, Hécate, airada?

HÉCATE:

Y acaso ¿no es sobrada
de mi ira la razón?
¿no es presunción,
loca al par y atrevida,
que de muerte y de vida
con Macbeth trafiquéis
y parte no me deis,
a mí, que de vosotras soy señora
y única constructora
del mal y del horror?
Pero es peor
que haya tornado vuestro afán prolijo
en favor de un mal hijo;
iracundo, perverso,
que a vosotras adverso,
solo a sí propio ama,
con tal llama
de egoísmo
que el abismo
no bastará a calmar.
Compensad, pues, la falta cometida
por ligereza insana;
y mañana
acudiréis al antro de Aqueronte
en el seno del monte;
donde venciendo orgullo y altivez
concurrirá Macbeth.
Allí os preguntará su propio sino
y del destino
los misterios futuros.
Aprestad, pues, hechizos y conjuros,
encantos y vasijas;
místicas baratijas

de virtud infernal.
En un caso fatal,
aciago,
yo por el aire vago
la noche pasaré;
y acabaré
cosas gigantes,
antes
que matizando el cielo de arrebol
por el dorado oriente salga el sol.
Suspendida del cuerno de la luna
boga en etérea cuna,
y por los aires flota,
una gota
luciente,
de vapor transparente,
que poderes ocultos en sí encierra.
Antes que baje a tierra
de recogerla curo
para hacer un conjuro;
y con mágicas artes destilada,
de su morada
evocará fantasmas infernales,
espíritus fatales,
que con voz peregrina
le arrastren a su mal y a su ruina.
Despreciará por ellos a la suerte;
despreciará a la muerte;
y alzaré su esperanza
mas que el temor o la virtud alcanza.
La vana confianza,
es para los mortales
el mayor y más crudo de los males.

(Música).

Me llaman; voy,
que vuestra reina soy.
Ya en nacarada nube por la esfera
mi familiar espíritu me espera. *(Sale).*

BRUJA 1ª:

Hermanas, no tardemos;
pues pronto ha de venir, apresuremos.

(Salen).

Escena XV^[50]

Aposento del palacio de Fores. — LENOX y OTRO SEÑOR.

LENOX:

Acertaron mis discursos el designio de tu mente;
mejor pudiera el ingenio interpretarlos; conviene,
empero, ser cautelosos. Al rey Duncan mano aleve
arrebató vida y cetro; y eso que Macbeth ardiente
amor por Duncan sentía. Quiso Banquo ser jinete
y halló sepulcro en el yermo. ¿Quién sabe si le dio muerte
a Banquo Fleance su hijo, puesto que huyó? Recogerse
temprano es sabio consejo en tiempos como el presente.
Por lo demás fue monstruoso que al anciano rey hiriesen
sus propios hijos; atroz. ¡Y cuánto a Macbeth le duele!
A su piadoso furor ¿no se debió incontinentemente
el castigo de los reos? ¿No mató a los delincuentes,
del sueño y de la ebriedad esclavos? ¿no fue prudente
su conducta en aquel caso? ¿Pues quién con ojos pacientes
negar luego viera el hecho a los dos guardias alevos?
Sostengo que hizo muy bien; y aun más digo: me parece
que a estar los hijos del rey en su poder (y la suerte
los defiende de este mal), vieran lo que era atreverse
a matar su mismo padre; y también la mano fuerte
de la justicia alcanzara al traidor Fleance. Cuenta tiene,
no obstante, ser cautelosos... que a Macduff las redes tienden
por algunas imprudencias y porque faltó al banquete.
¿Sabéis adónde se halla?

SEÑOR:

Si los rumores no mienten
a Inglaterra se ha fugado; cuyo santo rey protege
al heredero de Duncan. Macduff hará que las gentes
de guerra que Siward manda, con las fronteras huestes,
en pro del joven Malcolm la justa guerra comiencen.
Entonces, si la permiten los cielos omnipotentes,
volverá el pan a las mesas; el sueño al lecho inclemente;
libertad a los festines y al otoño ricas mieses.
Prestaremos nuestro feudo como a los nobles compete;
pero a Macbeth estas nuevas exasperan y estremecen;
y no tardará el tirano si pronto no le acometen,

en prepararse.

LENOX:

¿Fue cierto que a Macduff llamar hiciese?

SEÑOR:

No hay duda; mas el mensaje despreciando
Macduff, vuelve
absoluta negativa; y a juzgar del continente
y gesto del mensajero, iba allá para sus mientes
diciendo: llegará el día que el no muy caro te cueste.

LENOX:

Así aprenderá a guardar la distancia conveniente.
Algún ángel del Señor con él a Inglaterra llegue;
y al santo rey Eduardo las desgracias le revele
que afligen a nuestra patria, mísera, triste y doliente;
para que piadosos vengan sus ínclitos combatientes,
de bendiciones orladas las almas y espadas fuertes;
y quebranten la coyunda que nuestros cuellos sostienen.

SEÑOR:

Los cielos oigan piadosos tus gemidos y tus preces.

LENOX:

Escuchad a quien os pide justicia, cielos clementes.

Acto cuarto

Escena primera

*Caverna tenebrosa. — En medio un caldero hirviendo. — Truenos. —
Entran las TRES BRUJAS.*

BRUJA 1ª:

Tres veces ya ha maullado
gato atigrado

BRUJA 2ª:

Sí, tres veces maulló;
y una el cerdo gruñó.

BRUJA 3ª:

Llegó la hora prevista.

TODAS:

Llegó, llegó, llegó,
dice el arpista.

BRUJA 1ª:

Danzad en derredor del calderón;
y llenadle de linfa ponzoñosa.
Sapo, que entumecido
bajo fría losa,
has dormido
sin lapso alguno
noches y días más de treinta y uno;
y al natural calor tu pardo seno
trasudaba veneno,
baja a la fiera
encantada caldera.

TODAS:

Doble, doble confusión;
doble guerra y turbación;
arda el fuego; el calderón
hierva, hierva a borbotón.

BRUJA 2ª:

Piel de sierpe palustre, hierve y cuece en nuestro calderón;
con un remo de rana
y del triste murciélago la lana;

y con lengua de perro y aguijón.
de escamoso escorpión;
y ojo de lagartija, con un cuarto
de verdoso lagarto;
y el vello que se cruza
en el pecho a la lúgubre lechuza;
y de ingrediente tanto
saldrá un encanto
de temerosa fuerza; hierve en tanto,
mágico calderón,
cual caldo del infierno a borbotón.

TODAS:

Doble, doble confusión;
doble guerra y turbación;
arda el fuego; el calderón
hierva, hierva a borbotón.

BRUJA 3ª:

Escama de dragón, diente de lobo,
de bruja empedernida
la momia consumida;
glándulas y garganta
del tiburón carnívoro, que espanta
en las salobres aguas al marino;
raíz de la cicuta ponzoñosa
desenterrada en noche tenebrosa;
hiel de macho cabrío
y cuero frío
y tiras desgajadas una a una
en eclipse de luna
al siempre verde tejo;
dedo de infante a quien feroz ramera,
sin ver la luz primera,
sofoca entre sus manos
y le entierra en un foso;
así se haga viscoso
y se espese el brebaje:
y añádanse, además, porque no cuaje
las entrañas de un tigre al calderón.

TODAS:

Doble, doble confusión;

doble guerra y turbación;
arda el fuego; el calderón
hierva, hierva a borbotón.

BRUJA 2ª:

Con la sangre del jimio^[51] cinocéfalo
y el aceite del céfalo^[52],
templad, hermanas, el licor impuro;
y el encanto será bueno y seguro.

Escena II^s

LAS MISMAS. *Entran* HÉCATE y OTRAS TRES BRUJAS.

HÉCATE:

Vuestro trabajo aplaudo y vuestro celo,
que sois de mi poder mágico adorno.
Cantad, cantad, en torno
del calderón hirviente,
con destrenzado pelo,
en círculo vistoso
salvaje y pavoroso;
y encantad sin temor,
danzando en derredor,
cuanto cobija el anublado cielo.

(HIMNO DE LAS BRUJAS)^[53].

TODAS:

Gnósides festivos
Númenes cruentos,
espíritus blancos,
espíritus oscuros macilentos,
que agujáis los flancos
de los raudos vientos;
venid, venid, venid;
acudid;
y celebremos con ruidoso canto
nuestra mística orgía y nuestro encanto.
Sílfides y magas,
que cual los querubes
cabalgáis en nubes
y en las auras vagas;
venid, venid, venid;
acudid;
y celebremos con ruidos canto
nuestra mística orgía y nuestro encanto.

BRUJA 2^a:

La picazón me indica

del pulgar y del índice
con su escozor y su punzada terca
que una mala visión aquí se acerca.

BRUJA 1ª:

Ábrase a quien viniere.

Escena III^s

LAS MISMAS. MACBETH.

MACBETH:

Misteriosas nocturnas vejezuelas
a quien espanta el día
y a las sombras servís de centinelas,
¿qué hacéis en esta orgía?

TODAS:

Una cosa sin nombre.

MACBETH:

Yo os conjuro;
satisfaced mis dudas y preguntas,
por aquel rito impuro
que en lúgubre festín celebráis juntas.
Si quier sea vuestra ciencia del infierno;
si quier^[54] soltéis los vientos y tormentas
contra los templos santos del Eterno;
o entre espumosas hondas y huracanes
y ráfagas crueles
perezcan navegantes y bajeles;
o que en la espiga se consuma el grano
y se tronchen los árboles robustos
y los tiernos arbustos;
o que se desplome al llano
el castillo y sepulte al castellano;
o que sesguen y doblen la cabeza
la pirámide y torre a su cimiento;
o que en sus propias urnas,
el tesoro feraz naturaleza
de las ricas semillas y los jugos
seque y destruya con mortal intento;
habladme, responded.

BRUJA 1^a:

¿Y qué demandas?

BRUJA 2^a:

Habla.

BRUJA 3ª:

Pregunta.

BRUJA 1ª:

Dinos si prefieres
oír de nuestras voces la respuesta;
o bien la que dispuesta
tienen en prontos labios,
los potentes espíritus más sabios.

MACBETH:

Llamadlos ya, mujeres.

BRUJA 1ª:

En el caldero arrójese encantado,
que cuece a borbotones,
sangre de marrana
que haya devorado
sus nueve lechones.
Y la grasa espesa
que la horca trasuda,
échese en la llama;
y nutra y sacuda
el flotante fuego;
no tardes más; ven luego.

TODAS:

Ven, espíritu humilde o eminente;
y haz gala de tu ciencia sorprendente.

(Truenos. — La aparición de una cabeza armada).

MACBETH:

Di, visión peregrina.

BRUJA 1ª:

Tus preguntas el numen adivina
y el mal conoce con que tu alma lucha;
con silenciosa reverencia escucha.

APARICIÓN:

Macbeth, Macbeth, Macbeth,
de Macduff te precaví.
Basta por esta vez. *(Desaparece).*

MACBETH:

Esa advertencia grave
te agradezco, quien quiera que tú seas.
Pulsaste como arpista
la cuerda que mi espíritu contrista;
una palabra más.

BRUJA 1ª:

Nunca permite
que se le emplace así ni se le cite;
otro más poderoso se presenta.

(Truenos. — Aparición de un niño ensangrentado).

APARICIÓN:

Macbeth, Macbeth, Macbeth, no tengas cuenta
de ser resuelto, audaz y sanguinario.
El poder de los hombres es precario;
y ninguno a Macbeth podrá ofender
de cuantos han nacido de mujer. *(Desciende).*

MACBETH:

Si así fuere, oh Macduff, vive tranquilo;
esta seguridad haré yo empero
doblemente segura, firme y fuerte.
Yo tomaré una prenda de la suerte
y esa será tu vida; que así espero
ahuyentar el temor que me anonada
y sueño y paz hallar en mi almohada.

(Truenos. — Aparición de un niño coronado, con un árbol o rama en la mano).

Pero nueva visión se me presenta
de soberana estirpe; pues sustenta
en la frente infantil regios listones
y las diademas de oro y los florones.

BRUJA 1ª:

Óyele con silencio y atención.

APARICIÓN:

Sea, Macbeth, tu pecho de león;

desprecia ajeno enfado o alegría
y de la rebelión la mano impía.
Macbeth será invencible, hasta que vea
que el gran bosque de Birnam se cimbreo
y con marcha veloz raudo camina
y asedia la colina
del alto Dunsinane. (*Desciende*)

MACBETH:

No me curo
de ser vencido entonces. ¿Ni quién puede
reclutar la floresta y al seguro
árbol decir que suelte y desenrede
y entresaque de tierra sus raíces?
¡Oráculos felices!
Así me place. Su rebelde mano
no alzaré la traición, sino levanta
el bosque de Birnam del verde llano
la eternamente soterrada planta;
y Macbeth gozará de larga vida
enaltecido en su real asiento;
y solo a su muerte natural debida
en lenta senectud dará el aliento.
Una cosa no más saber quisiera:
decid, si a tanto vuestra ciencia alcanza,
si de lograr el trono haber debiera
la sucesión de Banquo confianza.

TODAS:

No quieras saber más.

MACBETH:

Voy satisfecho;
si esto no declararéis, honda, profunda,
eterna maldición así os confunda
cual enciende mi pecho.
¿Por qué se hunde, decidme, esa caldera?

BRUJA 1ª:

Espera, rey Macbeth.

BRUJA 2ª:

Espera.

BRUJA 3ª:

Espera.

TODAS:

Placer demos a los ojos
y acibar al corazón.
Venid, sombras deleznales;
mira, Macbeth, ellos son.

(Pasan por el proscenio las sombras de ocho reyes. El último lleva un espejo. — La sombra de Banquo los sigue).

MACBETH:

A la sombra de Banquo se parece.
¡Huyan de mi presencia sus despojos!
La corona real que le ennoblece,
me taladra los ojos:
la segunda también es semejante
y la tercera a la que va delante.
Brujas inmundas, ¿para qué enseñáis
esta odiosa visión? También el cuarto
se asemeja al primero. ¿Tantos vais?
No os puedo soportar, la vista aparte;
¿en el trono verá tu raza fiera.
consumar a los tiempos su carrera?
¿Tanto se ha de extender...? Mas otro viene;
el séptimo después; octavo luego;
y en el bruñido espejo que sostiene
reyes cuento sin fin... ¡cesad, os ruego!
y a algunos, suerte infausta, galardonas
con triples cetros, globos y coronas.
¡Horrorosa visión! mas... verdadera;
que te distingo en sangre salpicado,
¡oh Banquo! y sonriendo la cimera^[55]
sacudes hacia mí y el brazo helado:
tu estirpe en esas formas se divisa;
y más que en todo en tu infernal sonrisa.
¿Y habrá de ser así?

BRUJA 1ª:

Cual tú lo viste

lo disponen los hados, mas... acaso
¿te sorprendes, Macbeth? ¿te encuentras triste?
Tu espíritu se alegre de fe escaso;
de especiales deleites le colmemos;
en torno de Macbeth juntas dancemos.
Danos, aire, un sonido melodioso; (*Música*).
bailad, bailad, hermanas. (*Bailan las brujas*).
Y este grande monarca venturoso,
dirá que cortesanas
las brujas le reciben del desierto,
con amorosas danzas y concierto.

(*Desaparecen bailando*).

Escena IV⁸

MACBETH. *después* LENOX.

MACBETH:

¿Dónde está la visión? ¡Desvanecida!
Cuéntense los instantes de esta hora
en los fastos del tiempo por malditos.
¡Hora aciaga y cruel! Ah, Lenox. ¡Hola!

(Entra LENOX.)

LENOX:

¿Qué manda vuestra alteza?

MACBETH:

¿No las vistes?

LENOX:

Nada he visto, señor.

MACBETH:

¿Y qué sus sombras
junto a ti no pasaron?

LENOX:

No por cierto.

MACBETH:

Infectas sean las rachas silbadoras
en que juntas cabalgan; y malditos
los que en ellas fiaren. ¿Quién ahora
galopaba aquí cerca?

LENOX:

Tres jinetes
anunciando que en fuga vergonzosa
partió, señor, Macduff hacia Inglaterra.

MACBETH:

¿A Inglaterra Macduff?

LENOX:

Hacia sus costas

dicen que se ha fugado.

MACBETH:

Así él previene
a tiempo mis hazañas. No se logra
jamás firme propósito si el hecho
no acompaña al designio. Desde ahora
los primeros instintos de mi mente
la mano cumplirá. No más demoras;
y porque pueda el alto pensamiento
conseguir desde hoy mismo su corona,
hoy de Macduff sorprenderé el castillo;
daré muerte a sus hijos, a su esposa,
a cuantos vivan de su odiosa estirpe;
no ha de ser mi amenaza perezosa;
consumarse ha, por Dios, antes que el tiempo
entibie este furor que me devora;
no más visiones ya. Venga el caballo
y los jinetes sigan mi derrota.

Escena V^[56]

Fife. — Apartamento del castillo de MACDUFF. — Entran LADY MACDUFF, SU HIJO, y ROSSE.

LADY MACDUFF:

¿Y cómo delinquiero? ¿Por qué mi esposo abandona su patria?

ROSSE:

Él bien lo sabe.
Sed paciente, señora.

LADY MACDUFF:

Fue la fuga
de Macduff sin razón. Así nos hace
tal vez el miedo aparecer traidores
cuando más justos somos, más leales.

ROSSE:

Aun ignoráis, señora, si fue injusto
o justo su temor.

LADY MACDUFF:

¡Justicia grande!
Abandonar mujer, títulos, hijos,
en el mismo lugar de donde sale
en vergonzosa fuga; no nos ama
ni siente los afectos naturales.
El mismo colorín, el más pequeño
pajarillo quizás de entre las aves,
por defender su nido a la lechuza
y al milano voraz galán combate.
Para Macduff el miedo ha sido todo;
nada el amor de esposo ni el de padre;
no hay causa, no hay justicia en esa fuga.

ROSSE:

Tu esposo, prima mia, no es cobarde;
mitiga tu dolor, noble señora,
con imaginaciones más suaves.
Tan valiente es Macduff como juicioso;
y conoce tal vez mejor que nadie

lo que los tiempos piden: no me atrevo
a explicar más mi mente. Lamentables
son, señora, los días en que el hombre
si es leal o traidor apenas sabe;
en que corren rumores tenebrosos,
e ignorando por qué todos se abaten.
Un proceloso^[57] piélago^[58] surcamos
sin rumbo cierto, en insegura nave;
me despido de ti. Volveré presto.
Cuando el último extremo al fin se alcance
del mal que nos agita, los asuntos
han de volver, o prima, a nivelarse.
A Dios, mi lindo deudo. Él te bendiga.

LADY MACDUFF:

Huérfano quedó ya, y aun tiene padre.

ROSSE:

Imprudente mi estancia ser pudiera
y también peligrosa. Dios os guarde.

LADY MACDUFF:

A Dios, señor, a Dios.

Escena VI^s

LADY MACDUFF y SU HIJO. *Luego* UN MENSAJERO.

LADY MACDUFF:

Ves, hijo mio,
que tu padre murió; di, ¿cómo piensas
vivir de aquí adelante?

HIJO:

Como viven
los pájaros del cielo.

LADY MACDUFF:

¿Haciendo presa
en moscas y gusanos?

HIJO:

No señora;
quiero decir, que viviré cual pueda.

LADY MACDUFF:

Infelice avecilla; no sabrías
precaverte aun de redes ni varetas^[59],
ni de halcón altanero ni reclamo.

HIJO:

¿Y a qué la precaución? Nunca la flecha
se desperdicia en pobre pajarillo;
mas no ha muerto mi padre, aunque os convenga
decirme que así fue.

LADY MACDUFF:

Murió sin duda.
¿Cómo tendrás ya un padre que te quiera?

HIJO:

¿Y cómo tendréis vos otro marido?

LADY MACDUFF:

Si marido quisiese, en cualquier feria
comprara veinte o más.

HIJO:

Comprando tantos

los vendierais después por cosa cierta.
¿Mi padre era traidor?

LADY MACDUFF:

Así lo dicen.

HIJO:

¿Y qué es, madre, un traidor?

LADY MACDUFF:

El que a promesas falta y a juramentos y el que miente.

HIJO:

¿Y todos los que mienten y falsean
los propios juramentos son traidores?

LADY MACDUFF:

Todos lo son; y sufren el afrenta
de morir en la horca.

HIJO:

¿Y ha de ahorcarse
a cuantos así mienten?

LADY MACDUFF:

Ley es esa.

HIJO:

¿Y quién los ha de ahorcar?

LADY MACDUFF:

Los hombres buenos.

HIJO:

Pues los traidores son gente asaz necia,
pues juradores y embusteros bastan
por su número inmenso, si quisieran,
para romper la hueste de hombres buenos
y cortarles a todos la cabeza.

LADY MACDUFF:

Dios te ayude, rapaz, tu padre ha muerto.

HIJO:

Si mi padre, señora, muerto hubiera,
lloraríaisle vos amargamente.

LADY MACDUFF:

No tienes, hijo, no, quien te proteja.

(Entra un MENSAJERO).

MENSAJERO:

La bendición de Dios en esta casa;
no os agravie, señora, que se atreva
así un desconocido a incomodaros.
Grave peligro os amenaza cerca;
si consejo tomaseis de un amigo
que aunque rústico os habla con llaneza,
no se os encuentre aquí. Idos, señora;
salvad vuestros hijuelos de la ofensa.
Porque os asusto así, feroz llamadme;
mas lo contrario felonía fuera.
Vuestra vida, señora, riesgo corre;
no despreciéis la voz que os amonesta;
el cielo os guarde. Detenerme temo. *(Se va).*

LADY MACDUFF:

¿Adónde huir? la muerte me rodea.
Mas si yo no hice daño... ¡qué locura!
En el mundo terrestre es con frecuencia
laudable el hacer mal y el ser benigno
peligroso en extremo. ¿Quién recuerda
con mujeril memoria si ha hecho daño?
¿Qué semblantes son estos?

Escena VII[§]

LOS MISMOS. *Entran* TRES ASESINOS.

ASESINO 1:

¿Do se encuentra
Macduff, vuestro marido?

LADY MACDUFF:

Se halla ausente;
y no en sitio profano adonde puedan
gentes como vosotros encontrarle.

ASESINO 1:

Tu marido es traidor.

HIJO:

Miente tu lengua,
villano embedijado^[60].

ASESINO 1:

Eres el huevo (*Hiriéndole*).
que la traición infame tras sí deja.

HIJO:

Muerto soy, madre mia. Salvaos pronto. (*Muere*).

LADY MACDUFF:

¡Socorro! ¡muerte! ¡muerte! (*Huye*).

ASESINO 1:

(*Siguiéndola*). Y muerte horrenda.

Escena VIII^[61]

*Inglaterra. — Apartamento en el palacio real. — Entran MALCOLM y
MACDUFF.*

MACDUFF:

Al fin llegué a Inglaterra, al fin te abrazo.

MALCOLM:

Busquemos una sombra desolada
adonde desahogar el triste pecho.

MACDUFF:

Busquemos antes con sangrienta espada
a restaurar las honras y el derecho
que en la cuna heredamos: desgraciada
viuda cada aurora el frio lecho
de lágrimas rocía; y cada instante
llora en dura orfandad un nuevo infante.
Nuevas tribulaciones cada día
hieren en rostro al cielo empedernido;
y en él resuena la maldad impía,
cual si al par de la Escocia derruido
cayese el firmamento, en su agonía
lanzando agudo y fúnebre alarido.

MALCOLM:

Yo creo lo que sé y eso deploro;
desconocidos males nunca lloro.
Si cierto es lo que dices, coyuntura
para vengarlo espero. Ese tirano,
cuyo nombre la lengua más impura
pronuncia con dolor, benigno, humano,
ostentaba en un tiempo virtud pura,
amante corazón, pródiga mano;
tú le amabas entonces; y a fe mía
que agravios no te ha hecho todavía.
Soy joven, lo conozco; mas pudieras
alcanzar algo dél con mis pesares;
y es sabio el que a deidades altaneras
apacigua, inmolando en sus altares
inocente cordero.

MACDUFF:

¿Te atrevieras
a juzgarme traidor? ¿De mis hogares
no abandoné el reposo?

MALCOLM:

Solo dudo
si Macbeth seducirte acaso pudo.
Que un generoso pecho, la nativa
virtud puede acallar, si soberana
voluntad lo exigiere. Mas no estriba
tu honor en mi sospecha tal vez vana;
que no puede el pensar con fuerza activa,
trocar tu condición buena o liviana.
Puros eran los ángeles; mas fueron
impuros una vez y perecieron.
Y aunque a la gracia el fúlgido tocado
Arrancasen espíritus inmundos
y con él revistieran al pecado,
ella gracia sería.

MACDUFF:

¡Cuán profundos
contratiempos ¡oh Escocia! el macerado
corazón te desgarran iracundos!
Acabó mi esperanza. ¿Me desechas?

MALCOLM:

Tus palabras engendran mis sospechas.
Tú abandonaste hijos, casa, esposa;
De amor los fuertes vínculos rompiste;
y del alma la joya más preciosa,
la paz del corazón, necio pusiste
en manos de Macbeth; la cautelosa
sospecha no te agravie; que si existe
de mi seguridad es garantía:
perverso no te hará la opinión mia.

MACDUFF:

Desángrate ¡oh Escocia malhadada!
Patria mia, desángrate el tirano.
Vive, Macbeth, seguro en tu morada;
y redoble el herir tu férrea mano;

que los buenos rompieron ya la espada;
y el que fue generoso ora es villano.
Prodiga tus matanzas inclementes;
Tu título es legal ante las gentes.
A Dios, señor; no fuera el miserable
que suponer queréis, por cuanta tierra
en su codicia y ánimo insaciable
el tirano feroz ávido encierra:
si el oriente, además, inagotable
ganara con los triunfos de la guerra...

MALCOLM:

No te ofendas, Macduff; no en temor tuyo,
sino por bien de entrambos, así arguyo.
Sucumbe nuestra Escocia; aherrojada
yace en yugo cruel; y cada día
herida más acerba y despiadada
abre en su pecho horrible tiranía.
en mi favor quizá más que una espada
y más que un fuerte brazo se alzaría;
y más que un escocés de noble pecho
se lanzara en la lid por mi derecho.
Y la Inglaterra misma aquí me ofrece
benévola soldados a millares;
pero cuando la lucha fiera empiece
y rescate el valor nuestros hogares;
cuando el pecho que hoy triste se estremece
en la batalla venza los azares;
y yo huelle al tirano con fiereza,
o levante en mi lanza su cabeza;
Tal será el sucesor, que la tristura^[62]
que hoy envuelve a la Escocia en negro duelo
parecerá tal vez gozo y ventura.

MACDUFF:

¿Qué sucesor?

MALCOLM:

Yo mismo; que en mí suelo
descubrir cuantos vicios la natura
supo engendrar con venenoso anhelo;
y espíritu tan doble y tan oscuro
que es junto a mí Macbeth un ángel puro.

MACDUFF:

No entre todas las hórridas legiones
que guardan los infiernos, se hallaría
un alma tan profunda en maldiciones,
tan llena de execrable alevosía
como la de Macbeth.

MALCOLM:

Fieras pasiones
avasallan, Macduff, su fantasía.
Concedo que es maligno, voluptuoso,
falso, traidor, astuto y codicioso.
Confieso que su espíritu se inunda
y se embriaga y baña en el pecado.
Mi lascivia es empero tan profunda;
tan audaz mi deseo y desfrenado,
que no bastara mi pasión inmunda
a calmar el cariño regalado
de todas vuestras hijas y mujeres
sí a mi prostituyeran sus placeres.
Ni el abismo colmaran de mis vicios
todas vuestras matronas y doncellas;
ni obstáculos bastaran ni artificios
de la necia virtud a defenderlas.
Más vale el rey Macbeth.

MACDUFF:

Los sacrificios
de libre intemperancia y las querellas,
son dura tiranía, a cuyo encono
se hunde tal vez en sangre excelso trono.
Mas no temas, Malcolm, apoderarte
de lo que tuyo es; de los placeres
podrá la misma plenitud saciarte;
y sabio aparecer cuando quisieres
en el público mando tomar parte;
ni puede tu apetito cuantas vieres
fáciles damas devorar violento,
si quier ganara al buitres en lo avariento.

MALCOLM:

Mas con esa pasión honda avaricia

alimenta mi pecho; y soberano,
a los nobles hiriera por codicia
de su tierra y su oro; a este mi mano
arrancara las joyas; la primicia
al otro de sus reses y su grano;
y el nuevo poseer la salsa fuera
que a mi voracidad nueva hambre diera.
Y así entre los vasallos más leales
cuando opulentos por ventura fueren,
feudos sembrara yo, querellas tales
que la riqueza y vida al par perdieran.

MACDUFF:

Eso amenaza ya mayores males.

MALCOLM:

Para mí lisonjeros, si me diesen
la riqueza de todos.

MACDUFF:

Perniciosa
es muy mas la avaricia y peligrosa.
Que la misma lascivia que te aqueja;
la avaricia cavó la sepultura
a monarcas sin fin. El miedo aleja,
sin embargo, pues quiso la ventura
darte riqueza tal, que escasa queja
ha de sentirse en tu ambición futura;
y esos dos vicios graves a que aludes,
sabrás recompensar con tus virtudes.

MALCOLM:

¡Virtudes yo, Macduff! No hay en mi mente
de la regia virtud ni aun esperanza;
no soy justo, ni sabio, ni clemente;
ni fortaleza tengo, ni templanza;
ni verdad, ni valor mi pecho siente;
ni magnanimidad el alma alcanza.
Mas en mi corazón se hallan dispuestos
y germinan los crímenes opuestos.
¡Ah! si fuera yo rey, derramaría
de la cordialidad el licor santo
en los hondos infiernos; rompería

la paz universal con fiero espanto;
la unidad de los orbes quebraría...

MACDUFF:

¡Escocia, Escocia!

MALCOLM:

Si del regio manto
un hombre tal es digno...

MACDUFF:

¡Ni aun debiera
la luz alimentar su vista fiera!
¡Oh nación miserable, a quien oprime
sangrienta tiranía! ¿Cuándo, hermosa,
renacerá tu aurora? ¿Cuándo, dime,
tu estrella se alzaré, si en vergonzosa
decadencia la noble raza jime
que otros tiempos te hiciera venturosa
y hoy blasfema de sí? ¡Triste fortuna!
¿Y al rey Duncan, Malcolm, debiste cuna?
Mas no, que fue tu padre rey piadoso;
y la reina infeliz que te dio el pecho,
entre el Sumo Hacedor y entre su esposo
pasó el camino de la vida estrecho.
A Dios. De otro tirano cual tú odioso
me ahuyentó y de la Escocia mi despecho.
A Dios. Corazón mio, ya se lanza
arrojada del seno la esperanza.

MALCOLM:

Esa noble pasión que en ti se enciende
nació en tu integridad y ha disipado
las dudas de mi alma; quien contiene
con tirano tan fiero y depravado
como el falso Macbeth, sagaz no ofende
mostrándose y prudente y recatado;
que a su poder ganarme ha pretendido
y mil lazos y redes me ha tendido.
No extrañes, pues, Macduff, que receloso
arguyese contigo en demasía;
que el crédulo consejo presuroso
le prohíbe la fiel sabiduría

a quien vive cual vivo. El Dios piadoso en
quien mi corazón siempre confía
mediará entre tú y yo; que a tu nobleza
mi derecho confío y mi cabeza.
Y abjuro de las faltas y censuras
que me puse a mi mismo por probarte.
Del amoroso trato las dulzuras
aun no conozco yo; ni quiero parte
en ajenas riquezas ni venturas;
nunca falté a la fe. Jamas aparte
viví de la virtud. Ni yo el castigo diera
alevosamente a mi enemigo.
La primera falsía^[63] de mi vida
es la que enantes dije y la desmiento;
tuyo es y de la Escocia dolorida
mi espada, mi saber, todo mi aliento.
Antes, bravo Macduff, de tu venida,
ya el anciano Siward con cauto intento
reclutaba diez mil hombres de guerra
que marcharán con él a nuestra tierra.
Juntos iremos todos; y si acaso
luciere nuestro hierro en las batallas,
a la victoria abrir sabremos paso,
combatir y vencer. ¿Mas por qué callas?

MACDUFF:

Porque entre el mal y el bien incierto lucho
que contrarios en ti y al par escucho.

Escena IX^s

LOS MISMOS. UN MÉDICO.

MALCOLM:

Hablaremos después. ¿Viene ya el rey?

MÉDICO:

Multitud de infelices esperando
aun están a su alteza. Enfermedades
sufren que el arte combatiera en vano;
pero tal santidad diera, al monarca
el poder de los cielos, que curados
quedan aquellos que su mano toca.

MALCOLM:

Gracias, doctor.

MÉDICO:

Os guarde el cielo santo.

(Sale).

Escena X⁸

TODOS, *menos* EL MEDICO.

MACDUFF:

¿Qué enfermedad es esa?

MALCOLM:

El mal se llama;
milagrosa virtud al soberano
de Inglaterra en su cura muchas veces
he visto practicar; cómo humillado
solicita del cielo los favores,
con qué oraciones o piadosos salmos,
tan solo el rey lo sabe; mas las gentes
a quien postra del mal el fiero asalto;
las más atribuladas y ulcerosas,
el cuerpo de apostemas^[64] escamado,
compasión a los ojos mera burla
de las artes quirúrgicas, su mano
sana sin dilación, una medalla
al dolorido cuello encadenado,
con tantas preces oración devota.
Y es fama, que al morir dejan legado
los reyes de Inglaterra a su heredero
este bendito y sanador milagro.
También dicen las gentes que su alteza
del profético don se halla dotado;
y así flotan en torno a su corona
bendiciones sin cuento; y sus vasallos
beato le proclaman, santo en vida.

Escena XI^s

LOS MISMOS. ROSSE.

MACDUFF:

Mirad quién viene aquí.

MALCOLM:

Nuestro paisano;
pero aun no le conozco.

MACDUFF:

¡Amado primo!
Bien venido a Inglaterra.

ROSSE:

Bien hallados.

MALCOLM:

Ahora ya sé quien es; disipad pronto
las sospechas ¡oh cielos! que en extraños
mis amigos convierten.

ROSSE:

Así sea.

MACDUFF:

¿Cómo queda la Escocia?

ROSSE:

Desdichado
es el sol que la alumbra. Está la Escocia
que de verse a si misma siente espanto:
no es nuestra patria ya, que es nuestra huesa;
ni hay sonrisas ya en ella ni agasajos,
sino suspiros roncós y sollozos
que desgarran el aire no escuchados.
Cunde más el sufrir cuanto es más duro;
y a muerto las campanas tañen tanto
que nadie ya pregunta por quién doblan:
las vidas de los hombres más temprano
acaban que la flor de sus sombreros;
y aun antes de enfermar fallecen sanos.

MACDUFF:

¡Oh relación prolija y verdadera!

MALCOLM:

¿Cuál es el infortunio más cercano?

ROSSE:

El que vive una hora es ya decrepito
y befa^[65] mereciera por contarlo:
cada minuto engendra su desgracia.

MACDUFF:

¿Cómo está mi mujer?

ROSSE:

En buen estado.

MACDUFF:

¿Y mis hijos?

ROSSE:

Lo mismo.

MACDUFF:

Por ventura
¿el infame no turba su descanso?

ROSSE:

Descansados y en paz todos quedaban
al separarme de ellos.

MACDUFF:

No así avaro
de tus razones seas; di qué pasa.

ROSSE:

Cuando vine con triste y grave fardo
de fatigosas nuevas a Inglaterra,
los rumores corrían de que armando
se iban ya capitanes valerosos;
yo pienso que el rumor era fundado;
porque he visto ponerse en movimiento
las fuerzas militares del tirano.
Ahora es tiempo, Macduff, solo a tu vista
se llenará la Escocia de soldados;
y las mujeres mismas en las lides

batallarán por ti.

MALCOLM:

El amor patrio
con la llegada nuestra se consuele;
la benigna Inglaterra veteranos
al mando de Siward diez mil ha puesto
que con los suyos venguen mis agravios;
en persona Siward los acaudilla:
la cristiandad no tiene más bizarro
ni noble campeón.

ROSSE:

¡Así pudiese
con otros contestar hechos tan gratos!
Mas yo traigo palabras que debieran
ahullarse en el desierto solitario;
do no las recogiese humano oído.

MACDUFF:

¿Y a quién afectan más? ¿Serán acaso
de infortunio común lúgubre eco
o de un corazón solo agudo dardo?

ROSSE:

De la pena que hiera a cada hombre
se duelen los espíritus honrados;
pero la parte principal es tuya.

MACDUFF:

No me separes de ella; y al contado
entrégamela, Rosse; si fuere mía.

ROSSE:

Pero no me aborrezcan irritados,
si de acentos los lleno tus oídos,
mas horribles que nunca se escucharon.

MACDUFF:

¡Ah! todo lo adivino.

ROSSE:

Sorprendieron
tu castillo, Macduff; le puso a saco
un ministro cruel; y esposa, hijos,

con bárbara fiereza asesinaron.
Decirte cómo fuera quizá añadiera
a la suya tu muerte.

MALCOLM:

¡Cielos santos!
No te encubra los ojos el sombrero;
dale al dolor palabras que el quebranto
que no habla fuerte, al corazón murmura
y le manda romper.

MACDUFF:

¿Y así acabaron
mis hijuelos también?

ROSSE:

Esposa, hijos,
tus comensales todos y criados.

MACDUFF:

¡Y no estaba yo allí! ¿También mi esposa?

ROSSE:

Ya lo he dicho.

MALCOLM:

Macduff, juntos hagamos
de espantosa venganza medicina
para curar tu pecho emponzoñado.

MACDUFF:

¡Macbeth no tiene hijos! ¡Todos, todos
mis lindos hijos muertos!

MALCOLM:

¡Desgraciados!

MACDUFF:

¿No me dijiste todos? Perekieron
de una sola garrada del milano
mis hermosos polluelos y su madre.
¿Todos?

MALCOLM:

Debate el horroroso caso
como a un hombre conviene.

MACDUFF:

Pienso hacerlo;
mas como hombre también siento y los amo.
Olvidarme no puedo que existían
esas joyas preciosas... ¿Despiadado
los vio morir el cielo, en su defensa
sin encender los fulminantes rayos?
Macduff, fueron heridos por tu causa:
¡infelice de mí! por mis pecados
horrible mortandad hirió sus frentes.
¡Ah...! los tengan los cielos en descanso.

MALCOLM:

Esta sea la piedra en que la espada
se afile de Macduff; el tierno llanto
conviértase en despecho: no se embote
tu corazón con lágrimas.

MACDUFF:

¿Osados
quieres que suenen en mi lengua acentos,
mientras los ojos mujeril espanto
con sus calientes lágrimas confiesan?
¡Ah! toda intermisión, todo retardo
quítate ¡oh Dios piadoso! A mi venganza:
preséntese al alcance de mis brazos
la furia de la Escocia; y si escapare,
si no rompe mi espada el pecho infando,
perdónenle los cielos.

MALCOLM:

Ese tono
y acento varonil más acordado
está con tu deber. Vamos al rey;
las fuerzas se hallan prontas; ya, esperamos
para salir tan solo a tomar venia.
De tu crimen, Macbeth, se acerca el plazo;
los poderes supremos te preparan
el merecido galardón. Partamos:
consuélate, mi amigo, en lo posible;
larga es la noche a quien le niega el hado
la luz de nuevo sol y aurora nueva.

Acto quinto

Escena primera

Dunsinane. — Apartamento en el castillo. — UN DOCTOR DE MEDICINA. UNA DAMA DE LA CORTE. Después LADY MACBETH.

DOCTOR^[66]:

Dos noches os he acompañado en vuestra vigilia; pero no puedo descubrir la verdad del relato que me hacéis. ¿Cuándo salió la última vez?

DAMA:

Desde que S. M. Fue al campo, la he visto levantarse del lecho, ponerse la bata, abrir el armario, sacar papel, doblarlo, escribir, leer, cerrarlo, sellarlo, y volver a la cama. Y todo esto sumergida en el más profundo sueño.

DOCTOR:

Grande perturbación en la naturaleza; recibir a la vez los beneficios del sueño con los efectos de la vigilia. Y en esa soñolienta agitación, además de su paseo y de otros movimientos materiales ¿qué le habéis oído decir?

DAMA:

La he oído, doctor, lo que no repetiré por ningún pretexto.

DOCTOR:

A mí podéis repetirlo; y es muy propio y necesario que lo hagais.

DAMA:

Ni a vos ni a ningún viviente, a no tener testigos que confirmasen mis palabras.

(Entra LADY MACBETH durmiendo y con una vela encendida).

Pero allí viene. Esta es su acostumbrada actitud; y os aseguro que está profundamente dormida. Observadla, acercaos.

DOCTOR:

¿Cómo se procuró esa luz?

DAMA:

La tenía inmediata. Continuamente hay luz junto a su lecho; tal es su mandato.

DOCTOR:

Tiene como veis los ojos abiertos.

(*Depone LADY MACBETH la luz, y se frota las manos como si se las lavase*).

DAMA:

Sí, pero los sentidos cerrados.

DOCTOR:

¿Qué hace? ¿por qué se frota así las manos?

DAMA:

Es costumbre suya hacer frecuentemente como que se lava las manos. La he visto a veces continuar así un cuarto de hora seguido.

LADY MACBETH:

¡Todavía está aquí la mancha!

DOCTOR:

¡Hola! ya habla: voy a apuntar lo que dice para satisfacer más exactamente mi memoria.

LADY MACBETH:

¡Afuera! ¡execrable mancha! ¡afuera digo! Una; dos. Entonces ya es tiempo de hacerlo. El infierno está oscuro. Vergüenza, mi señor, vergüenza. ¿Soldado y temeroso? ¿Qué nos importa que alguien lo sepa, si nadie puede pedir cuenta a nuestro poder? ¿Pero quien hubiera pensado que contenía tanta sangre el cuerpo del anciano?

DOCTOR:

¿Habéis oído?

LADY MACBETH:

Macduff; el señor de Fife, tenía una mujer. ¿Adónde está ahora? ¿Cómo? ¿Y nunca se limpiarán estas manos? No hablemos más de eso, mi señor. No hablemos más de eso. Todo lo desgraciáis con vuestros estremecimientos repentinos.

DOCTOR:

Señora, señora, habéis sabido lo que no debierais.

DAMA:

Ha dicho lo que no debiera: así es... pero solo el cielo sabe lo que ella ha sabido.

LADY MACBETH:

(*Huele las manos*). El olor de la sangre está aquí todavía. Todos los perfumes

de la Arabia no podrían purificar esta pequeña mano. ¡ah! ¡ah! ¡ah!

DOCTOR:

¿Qué suspiros son esos? Su corazón está dolorosamente recargado.

DAMA:

No quisiera guardar semejante corazón en mi pecho por la dignidad y alteza de todo el cuerpo.

DOCTOR:

Bien, bien, bien.

DAMA:

Pedid a Dios que sea para bien, doctor.

DOCTOR:

Esta enfermedad está más allá de mi práctica. Sin embargo, he conocido algunos que andaban durmiendo y que han muerto santamente en sus camas.

LADY MACBETH:

Lávate esas manos. Ponte la bata de dormir. No estés tan pálido. Otra vez te digo y te repito que yace Banquo enterrado y que no puede salir de su huesa.

DOCTOR:

¿Y eso también?

LADY MACBETH:

A la cama, a la cama: llaman a la puerta. Vamos, vamos, vamos: dame la mano: lo que está hecho no se puede deshacer: a la cama, a la cama.

(Vase LADY MACBETH).

DOCTOR:

¿Y se va a acostar ahora?

DAMA:

Inmediatamente.

DOCTOR:

Corren misteriosos rumores. Los actos bastardos engendran bastardas consecuencias. Los ánimos inficionados^[67] descargan sus secretos en las sordas almohadas. Más necesidad tiene de sacerdotes que de médicos. Dios nos Perdone a todos. Cuidadla: quitad de su presencia los medios de vejación y de suicidio: no la perdáis de vista. Buenas noches, pues. Ha confundido mi mente y deslumbrado mis ojos. Pienso, pero no me atrevo a hablar.

DAMA:

Buenas noches, buen doctor.

Escena II

Campo en las cercanías de Dunsinane. — Entran MENTETH, CATHNESS, ANGUS, LENOX y SOLDADOS con tambores y banderas.

MENTETH:

Cerca está la hueste inglesa
adonde viene Malcolm;
el buen Siward la acaudilla
y la acompaña Macduff;
arde en todos la venganza;
y no dudo que su voz,
a los mismos religiosos
arranque de la oración,
para que lidien bizarros;
y la sangre que les dio
la Escocia por ella viertan.

ANGUS:

Marchemos, pues, sin temor
hacia el bosque de Birnam,
que por él pasa Malcolm.

CATHNESS:

¿Se sabe si está con ellos
Donalbain?

LENOX:

Creo que no.
De todos los caballeros
tengo yo exacto padrón:
el hijo de Siward viene,
mandando imberbe escuadrón
de donceles, que aquí esperan
en el combate feroz,
hacer su primer protesta
de virilidad y honor.

MENTETH:

¿Y el tirano?

CATHNESS:

Con robusta
triple fortificación
corona de Dunsinane
la escarpada elevación.
Dicen unos que está loco;
otros con más compasión
le llaman valiente furia;
mas no hay humano valor,
que una causa tan obesa
abroche en el cinturón
de la dorada esperanza.

ANGUS:

Ahora con fiero aguijón
le atraviesan los costados
su asesinato y traición:
ahora acusa sus maldades
turbulenta sedición;
y si manda le obedecen
por miedo, no por amor:
ahora siente que anda suelto
su título en derredor,
como ropa de gigante
que envuelve a enano ladrón.

MENTETH:

¿Y quién criticará entonces
que recedan con horror
sus pestilentes sentidos,
si eterna condenación
fulmina dentro del pecho
desmayado el corazón?

CATHNESS:

¡Bien! Marchemos, arrojados
y prestemos sumisión
a quien sumisión se debe;
búsquese quien al dolor
de la república enferma
encuentre mitigación;
y purguemos nuestra patria
junto al noble campeón,
derramando, si es preciso,

cuanto encarnado licor
fluye en las hinchadas venas.

LENOX:

O el que en su alta previsión
precise para regar
nuestra soberana flor;
y para ahogar la cizaña
que marchita su esplendor:
marchemos para Birnam.

Todos:

Marchemos. ¡Viva Malcolm!

Escena III

Apartamento del castillo de Dunsinane. — Entran MACBETH, UN MEDICO y ACOMPAÑAMIENTO. Luego UN CRIADO y SEITON.

MACBETH:

Basta ya de noticias ominosas;
huyan todos cobardes mi bandera;
no tengo que temer, si belicosas
las arboledas de Birnam frondosas,
no mueven contra mí planta ligera.
¿Ni quién ese Malcolm el muchachuelo?
¿no nació de mujer? Intenta en vano
contra mi gloria alzar osado vuelo:
espíritus que saben cuanto al cielo
le plugo decretar con fuerte mano,
Me dijeron: «Macbeth, nunca vencido
tu poder se verá, por ningún hombre
de cuantos hayan de mujer nacido».
Fúguese un noble y otro fementido^[68],
mas tiemblen al oír cerca mi nombre.
Epicúreos ociosos de Inglaterra,
recibid mis traidores palaciegos;
que el fuerte corazón que el pecho encierra
y el ánimo atrevido en paz y en guerra,
vuestro amago desprecia y vuestros ruegos.

(Entra un CRIADO).

¡El diablo te dé color,
villano de la faz lívida!
¿Qué me anuncia tu temblor?

CRIADO:

Son más de diez mil, señor.

MACBETH:

¿Diez mil grajos, alma tímida?

CRIADO:

Soldados.

MACBETH:

Pica, rufían,
el pecho helado y la frente;
que sin sangre ambos están;
esos soldados serán
engendro de tu vil mente.

CRIADO:

Las fuerzas inglesas vi.

MACBETH:

¡Afuera! enferma mi alma
oyéndole hablar así.
¡Seiton! Seiton, ven aquí;
no me abandone la calma.
Por siempre se consolida
Hoy mi gloria o se sujeta.
Bastante gocé la vida;
ya está la senda obstruida
y no descubro la meta.
La flor de la senectud,
cuyo aroma es la obediencia;
respeto en la juventud,
y de propecta^[69] virtud
honores y reverencia.
No guarda para mí el mundo,
ni me guarda un pecho amigo;
maldecir solo iracundo,
alto no, pero profundo;
y oculto hálito enemigo;
Y fe que el labio pregona
y desmiente el corazón,
mientras el pavor la festona...
¡Seiton! ¡Seiton! ¡Maldición!

(Entra SEITON).

¿Fue la noticia segura?

SEITON:

Se confirman los sucesos.

MACBETH:

Lidiaré en batalla dura

hasta que hecha picadura
quede la carne en mis huesos.
Mi yelmo; mis brazaletes.

SEITON:

Aun no es preciso, señor.

MACBETH:

¡La armadura! cien jinetes
con rápidos martinetes^[70]
batan el campo en redor.
A la horca suban sin más
cuantos manifiesten miedo.
¡Mi armadura! Tú verás (*Al médico*)
cual no brillaron jamas,
doctor, mi fuerza y denuedo.
¿Cómo sigue la paciente?
Médico. No tan grave, mi señor,
como turbada, impaciente
y combatida la mente
de quimérico pavor.

MACBETH:

Cura, pues, su fantasía.
¿No sabes tú recetar
a un ánimo en agonía?
¿No puedes la pena impía
del cerebro desraigar,
Ni raer el dolor grave
de la memoria ulcerada,
con antídoto suave
que de ella recuerdos lave
y la deje reposada?
¿No puede tu profesión
el ponzoñoso relleno
que atormenta la razón
arrancar del corazón
y cicatrizar el seno?

MÉDICO:

Esa afección peregrina
solo el enfermo la cura.

MACBETH:

Si es tu ciencia tan mezquina,
da a los perros medicina,
no a los hombres. ¡Mi armadura!

(Le ponen la armadura).

Vamos, prontos. El bastón.
¿Salieron las descubiertas? *(A Seiton).*
Ya ves que de mi escuadrón *(Al médico)*
desertan en pelotón
los señores. *(Al que le pone las armas).* ¿Y no aciertas?
¿Sabes, físico, curar
del reino la hipocresía?
¿No le pudieras purgar,
y su salud restaurar
y la pristina alegría?
Entonces sí que aplaudiera
hasta el eco tu poder.
¿No habrá una droga siquiera,
sen o ruibarbo, que hiciera
los ingleses receder?
¿No has oído discurrir
de la guerra?

MÉDICO:

Sí señor;
algo llega a traslucir
cuando así vemos reunir
la gente a son de tambor.

MACBETH:

Traedle *(el bastón)*. No temeré
ni el destierro ni la muerte;
supuesto que aun no se ve
mover a Birnam el pie
y venir hacia mí fuerte *(Vase)*.

MÉDICO:

Si lejos de tu furor
me llegase yo a encontrar
¡oh poderoso señor!
no me hicieran retornar
ni el interés ni el amor.

Escena IV

País cerca de Dunsinane con un bosque a la vista. — Entran MALCOLM, SIWARD EL ANCIANO, SIWARD HIJO, MACDUFF, MENTETH, CATHNESS, ANGUS, LENOX, ROSSE^[71] y SOLDADOS.

MALCOLM:

Los tiempos me parecen ya cercanos
en que gocen de paz los dormitorios.

MENTETH:

No se debe dudar.

SIWARD:

¿A dónde estamos?

MENTETH:

El bosque de Birman, señor, es ese.

MALCOLM:

Desgajen ramas dél nuestro soldados
llevándolas delante como un velo;
así ocultar el número logramos
de nuestra hueste.

MENTETH:

Sí.

SIWARD:

Que así se haga;
parece que aun persiste confiado
en su resolución nuestro enemigo;
y defender intenta con bizarro
denuedo a Dunsinane.

MALCOLM:

Es su esperanza;
pues donde quiera que dirige el paso
encuentra insurrección en vez de auxilio;
ni se alza en su favor un solo brazo
que forzado no sea.

MACDUFF:

Las censuras
hasta lograr el fin suspenda el labio;
y de ardid militar y de pericia
nuestras evoluciones entre tanto
se muestren dirigidas. De la guerra
bueno será que el arte obedezcamos.

SIWARD:

Dentro de corto término podremos
afirmar lo que somos, o negarlo.
Inseguro relata el pensamiento
de su especulación mentido cálculo;
pero el éxito cierto está en la espada;
marchemos, compañeros, a buscarlo.

Escena V

*Dentro del castillo de Dunsinane. — MACBETH, SEITON,
SOLDADOS, tambores, banderas & c.*

MACBETH:

Enarbolad al muro las banderas;
el grito militar será «ya vienen».
¿Los traidores acaso fuerza tienen
para un asedio tal? En torno moren
hasta que pestes y hambres los devoren.
Si auxilio no les dieran los malvados,
los cobardes pasados,
yo audazmente en el campo los buscara
y sus filas rompiera cara a cara.

(Suenan dentro gritos de mujeres).

¿Quién grita? ¿quién se queja?

SEITON:

Son mujeres
que claman de temor... *(Sale)*.

MACBETH:

Casi se me ha olvidado ya el sabor
de suspiros y lágrimas. Fue un tiempo
en que yertos quedaban mis sentidos
al escuchar nocturnos alaridos;
y erizábame el pelo la pavora
de cualesquiera lúgubre lectura;
pero me harté de horror en mis banquetes;
la misma execración no me amedrenta
que en mi dañado pecho se alimenta.
¿Quién gritaba?

SEITON:

Señor, la reina ha muerto.

MACBETH:

Tránsito prematuro;
murió muerte temprana...
Mañana... ¡Sí! ¿Tal vez ese *mañana*

no se arrastra con paso imperceptible
y se encarna en el *hoy* de cada día?
Las horas le abren vía
hasta los lindes últimos del tiempo;
todos nuestros *ayeres* alumbraban
mientras raudos pasaban
con su luz moribunda,
por el sendero de la huesa inmunda.
¡Afuera, luz umbría,
afuera! Huye de mí, breve bujía;
que es la vida no más sombra ambulante;
infelice histrion^[72], que corto instante
se agita y mueve con fugaz ingenio,
en fingido proscenio;
y no queda dél luego ni memoria:
o estrepitosa historia
por un idiota con calor contada,
entre gestos y voces inclementes;
hasta que al fin descubren los oyentes
que la conseja^[73] no les cuenta nada.

Escena VI^s

LOS MISMOS. *Entra UN MENSAJERO.*

MACBETH:

Habla pronto, cualquier sea tu mensaje.

MENSAJERO:

Yo lo he visto, señor; y aun se recela
la razón de la vista.

MACBETH:

Acaba, acaba.

MENSAJERO:

Mientras estaba yo de centinela
y desde la colina examinaba
el lado de Birnam, pensé que vía
moverse la espesura y que venía
el bosque hacia nosotros.

MACBETH:

(Golpeándole). ¡Embustero!
¡Esclavo mentidor!

MENSAJERO:

Yo sufriría
con paciencia, señor, vuestros enojos,
a tres millas de aquí, la vista miente
o podéis descubrir la verde frente
del ambulante bosque.

MACBETH:

Si no es cierto,
de un árbol colgarás, hasta que yerto
del hambre quedes, seco y arrugado.
Si no me has engañado,
si tu noticia acaso es verdadera,
bien me puedes colgar de la primera
rama que venga a mano.
Empiezo ya a dudar del negro arcano
de aquella furia que en mi mal mentía
y su mentir verdad me parecía.

«No temas, si no viene a Dunsinane
el bosque de Birnam.» Pero ya viene;
ya una selva se acerca a mi morada;
no queda más refugio que la espada.
A las armas, soldados. No hay huida
si lo que dice es cierto, ni la vida
se puede ya salvar. ¡Fieros temores!
Del sol me ofenden ya los resplandores.
Si en mi querer tan solo consistiera,
la trabazón del orbe se rompiera.
Que toquen a rebato. Venga el mal;
ardan tus teas, destrucción fatal;
no moriré yo al menos en el lecho;
que el militar arnés cubre mi pecho.

Escena VII^[74]

Llanura ante el castillo. — Entran MALCOLM, SIWARD EL ANCIANO, MACDUFF & c. con armas, trompetas y soldados con ramas.

MALCOLM:

Ya estamos hartos cerca de su fuerte;
arrojad el follaje y que os admiren
cual en efecto sois. Mi digno tío,
vos mandaréis la acción; y yo al insigne
Macduff seguiré en ella y cumpliremos
al par vuestros mandatos.

SIWARD:

Si permiten
Los cielos encontrar hoy al tirano;
O batallamos bien, o es imposible
que ganemos el día.

MACDUFF:

Las trompetas
proclamen guerra; y que los aires libres
rompan con plena voz, cual paraninfos
de rencorosa muerte, los clarines.

Escena VIII^[75]

Otra parte de la llanura. — MACBETH. *Luego SIWARD EL HIJO.*

MACBETH:

Cual si atado me hallara a férrea argolla
de rémora me sirve mi destino;
si no es posible huir, lidiaré fuerte
como el oso pelea. ¿Qué enemigo
habrá entre los ingleses, qué soldado
que de alguna mujer no haya nacido?
A ese debo temer; si no a ninguno.

(Entra SIWARD EL JÓVEN).

SIWARD:

¿Quién eres?

MACBETH:

Te espantara solo oírlo.

SIWARD:

Aunque fuera tu nombre más odioso
que el más odioso del eterno abismo,
no me causara espanto.

MACBETH:

Macbeth soy.

SIWARD:

Pues no pudieran los infiernos mismos
un nombre pronunciar más horroroso.

MACBETH:

Ni más temible.

SIWARD:

Mientes, asesino;
mi espada probará que tú mentiste.

(Pelean, y cae muerto SIWARD EL HIJO entre bastidores).

MACBETH:

Sin duda de mujer eres tú hijo.
¡Cuánto desprecio tengo a vuestras armas
y a los aceros vuestros, y a ese brío!
que a vientre mujeril debéis la vida. (*Sale*).

Escena IX^s

Alarmas. — MACDUFF.

MACDUFF:

Por aquí suenan voces. Si a los filos
cayeras ¡oh tirano! de otra espada,
si no murieras por el hierro mío,
de mi esposa y mis hijos las visiones
persiguieran mis sueños de contino;
muestra, Macbeth, el rostro; yo no puedo
herir los miserables que vendidos
por su ración pelean; en tu busca
execrable, tirano, me fatigo;
o te atraviesa el corazón mi acero,
o a la vaina otra vez volverá limpio.
¿Por qué aquí no te encuentro en el tumulto?
Uno de grande nota allí distingo;
déjamele encontrar, ciega fortuna;
déjamele encontrar; no más te pido. (*Alarmas*).

Escena X⁸

MALCOLM. SIWARD EL PADRE.

SIWARD:

Por aquí, mi señor, según parece
penetró nuestra tropa en el castillo;
la del tirano lucha todavía:
los nobles bravamente han combatido;
poco queda que hacer, nuestro es el campo.

MALCOLM:

Supuesto que la torre se ha rendido
ocupémosla pronto.

SIWARD:

Sí, adelante.

Escena XI^[76]

MACBETH. *Luego* MACDUFF.

MACBETH:

No quiero parodiar el hecho indigno
del imbécil romano, ni en mi hierro
buscar la muerte por temor mezquino:
mientras vidas hubiere, en contra suya
fulminarán mis armas.

MACDUFF:

Al conflicto
vuelve, furia infernal, el rostro vuelve.

MACBETH:

Solo evité lidiar, Macduff, contigo
de cuantos luchan hoy. De tu sangre
harta derramé ya. Ya mis sentidos,
ya mi alma está anegada en sangre tuya.
Vuelve salvo, Macduff, vuelve te digo;
Que no quiero más sangre de tus venas.

MACDUFF:

Yo no tengo palabras ni sonidos;
mi lengua es este hierro. Tú, villano,

(Pelean).

sanguinario, feroz, aborrecido...

MACBETH:

En vano te fatigas. Y más fácil
impresión en los aires no sentidos
hicieras con la espada que en mi cuerpo.
En vulnerables yelmos caiga el filo
de esa tu fuerte hoja; que un encanto
mas robusto que tú, lidia conmigo;
y no es dado vencerle a ningún hombre
nacido de mujer.

MACDUFF:

¡Inmundo hechizo!

Desespera, tirano, de tu encanto;
y al ángel tenebroso a quien precito
adoras todavía, decir cumpla
como a temprana vida sustraído
fui del vientre materno. Yo no soy
nacido de mujer.

MACBETH:

Labio maldito
pronunció esas palabras que adormecen
en mi pecho el valor. También malditos
para siempre jamás los tenebrosos
espíritus y nunca más creídos,
que con dobles sentencias nos confunden
y su oráculo cumplen al oído
y se le niegan luego a la esperanza.
En tu contra protesto que no lidio.

MACDUFF:

Ríndete, pues, cobarde; y que a las gentes
en férrea jaula te enseñemos vivo;
y escrito en ella, «éste es el tirano».

MACBETH:

Basta, basta, Macduff; yo no me rindo
para besar la tierra que pisare
el mancebo Malcolm y de ludibrio^[77]
servir y maldición al populacho.
Aunque el bosque de Birnam ha venido;
y aunque tú me combatas, que no eres
nacido de mujer, firme y altivo
probaré mi fortuna. Cubra el pecho
el militar escudo; y atrevidos
combatamos, Macduff; y el que dijere
«basta, basta», primero, sea maldito.

(Salen peleando).

Escena XII^s

Música militar. — MALCOLM, SIWARD EL ANCIANO. ROSSE.
LENOX. ANGUS. CATHNESS. MENTETH. SOLDADOS.

MALCOLM:

¡Ojalá los amigos que nos faltan
hayan salido en bien.

SIWARD:

Siempre es preciso
que algunos desaparezcan. Sin embargo,
tantos veo y tan pronto aquí reunidos,
que la victoria se compró barata.

MALCOLM:

No descubro a Macduff ni a vuestro hijo.

ROSSE:

Vuestro hijo, señor, ha satisfecho
el militar tributo. Vivió niño;
y en su muerte probó que ya era hombre:
blasón ilustre con su sangre escrito.

SIWARD:

¿Ha muerto el hijo mio?

ROSSE:

No midamos
para llorar, señor, el precio rico
de la perdida joya.

SIWARD:

¿Sus heridas
estaban en el pecho?

ROSSE:

Cual testigos
todas en rostro y pecho de su gloria.

SIWARD:

Sea, pues, de Dios soldado. Tantos hijos
tuviera cual cabellos en la frente,
no apeteciera en ellos fin más digno;

su doble postrimer ya se ha tocado.

ROSSE:

Merece más dolor; mi pecho amigo
le bañará de lágrimas.

SIWARD:

Ya basta.
Si bizarro y valiente satisfizo
su escote^[78] militar, Dios le reciba.
Mejores nuevas son las que aquí miro.

Escena XIII^s

LOS MISMOS. MACDUFF *con la cabeza de MACBETH en una lanza.*

MACDUFF:

Salve, Malcolm: al cielo soberano
plugo que la cabeza del traidor,
derribada cayese por mi mano:
libres son ya los tiempos y el honor.
Te rodea de Escocia la nobleza;
y en los pechos de todos pienso oír,
el título sagrado que a tu alteza
unánimes quisieran conferir.
En los labios resuena el eco santo
que guarda receloso el corazón:
Perdonad si a vosotros me adelanto.
¡Que viva el rey!

Todos:

¡Que viva el rey Malcolm!

(Trompetas & clarines).

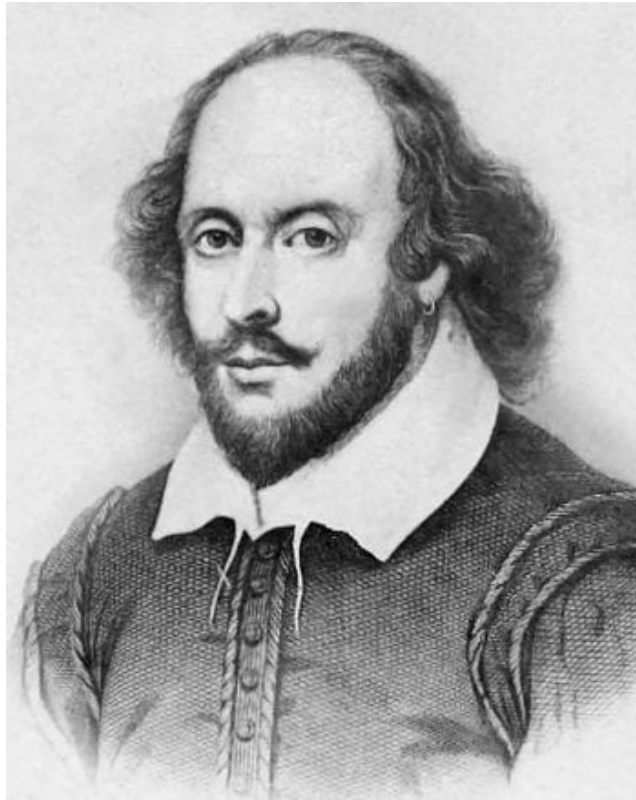
MALCOLM:

No prodigaré el tiempo, caballeros,
ni al honor olvidando y la virtud,
sus instantes huirán de mí ligeros
sin que los selle dulce gratitud.
Yo os concedo, guerreros denodados,
los títulos de condes y el blasón;
los primeros que Escocia coronados
vio con tan merecida distinción.
Cuanto hay demás que hacer, llamar al seno
de su patria querida y a su hogar,
los míseros proscriptos, que el veneno
o el parricidio atroz logró ahuyentar;
Y hoy mendigan con fiera pesadumbre
sustento amargo y con fatal gemir;
y al recordar su patria, viva lumbre
se ve en sus ojos por el llanto hendir^[79];

Mandar que a los secuaces pronta se haga
justicia del tirano y su mujer;
la cual se dice que en la propia daga
vino al fin cual suicida a perecer;
Y lo demás, en fin, que os sea debido,
en coyuntura propia y en sazón,
será con el favor de Dios cumplido
cual anhelo con recto corazón.
Para bien de mi pueblo la corona
acepto que de Duncan heredé:
os convido, señores, para Escona;
y ante vosotros juramento haré.

(Trompetas & clarines).

FIN DEL DRAMA.



WILLIAM SHAKESPEARE (Stratford-upon-Avon, Warwickshire, Reino Unido c. 26 de abril de 1564jul. – ibídem, 23 de abriljul. / 3 de mayo de 1616greg.), dramaturgo, actor y poeta inglés, es uno de los más grandes autores de la literatura universal y clave en el desarrollo de las letras inglesas. Sus obras de teatro son consideradas auténticos clásicos atemporales y su influencia a lo largo de la historia de la literatura es indiscutible.

Si bien sus datos biográficos son pocos y muchos de ellos, inexactos, se ha llegado a la conclusión de que nació en Stratford-upon-Avon el 26 de Abril de 1564. De familia adinerada, aunque carente de poder en la zona, al parecer el joven Shakespeare recibió una educación superior a la media, aunque sin llegar a una formación universitaria. A los pocos años de contraer matrimonio y de ser padre, Shakespeare se mudó a Londres y comenzó su carrera en el teatro, primero como dramaturgo y luego pasando a dirigir su propia compañía de teatro, en la que también hacía las veces de actor, llegando a alcanzar una gran popularidad, siendo muy conocidas sus actuaciones en el teatro The Globe.

De las obras de Shakespeare, creadas en una época de transición en el teatro isabelino, habría que destacar casi todos sus títulos. Sus obras han sido interpretadas y adaptadas en innumerables ocasiones y son todavía hoy representadas y consideradas como fuente de inspiración. Quizá, si hubiera que elegir, habría que señalar *Romeo y Julieta*, *El rey Lear*, *Hamlet*, *Macbeth* o *Julio César*, entre las tragedias, y *El sueño de una noche de verano*, *El mercader de Venecia*, *La tempestad* o *La fierecilla domada*, entre las comedias. También habría que dedicar especial

atención a sus recreaciones históricas, como *Enrique VIII* o *Ricardo III*, entre otras. En el campo de la poesía, Shakespeare celebra el amor con sus versos, destacando especialmente su serie de Sonetos o en *Venus y Adonis*. La mayor parte de sus poemas han sido antologados con criterios en ocasiones arbitrarios, dando como resultado numerosas antologías bajo su nombre.

En 1611, cuando ya disponía de una buena renta tras sus años en el teatro, Shakespeare se retiró a Stratford-upon-Avon, donde pasó a dedicarse de asuntos más prosaicos que las letras, como el casamiento de su hija o el reparto de propiedades.



JOSÉ GARCÍA DE VILLALTA (Sevilla, 1801 - Atenas, 1846) fue un periodista, gramático y escritor español. Colaboró en *El Siglo* (1834), en *El Español* (1838) y fundó *El Labriego* (1840).

Como autor dramático, estrenó *El astrólogo de Valladolid* (1839), en cinco actos y en verso, sobre la ascensión al trono de Isabel y Fernando, los Reyes Católicos. También compuso *Los amoríos de 1790* (comedia histórica, 1837). Escribió la novela anticlerical *El golpe en vago. Cuento de la decimoctava centuria* (1835), que, aunque localizada en el siglo XVIII, tiene poco de histórica y ataca fuertemente a la Compañía de Jesús; los jesuitas, a quienes llama alquimistas de gran poder, cuyas maquinaciones es preciso descubrir.

Tradujo el *Macbeth* de Shakespeare en 1838, en lo que sería la primera traducción española directa del inglés original. Tradujo además *El último día de un condenado a muerte* de Víctor Hugo, los cuatro volúmenes de la *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón* de Washington Irving, *El paria*, de Casimir Delavigne y varios fragmentos de *Otelo* de Shakespeare en la revista *El Pensamiento* (1841).

García de Villalta constituye una figura relevante en la traducción decimonónica. Si bien escasa, su producción —los títulos elegidos y la fecha en que aparecen— resulta transcendental en la consolidación de Shakespeare en la escena española y en la formación del gusto romántico nacional.

Notas

[1] Topónimo naturalizado. «*Northumberland*» en Texto Original. También se naturalizan parcialmente los nombres de algunos de los interlocutores: Menteth (*Menteith*), Cathness (*Caithness*), Seiton (*Seyton*), Rosse (*Ross*). <<

[2] Párrafo añadido por el traductor. <<

[3] A partir de aquí, la división en escenas no se corresponde exactamente a la del texto original. De este punto en adelante, las divisiones escénicas que fueran introducidos por el traductor se harán notar con el símbolo §. <<

[4] El traductor anticipa el nombre del rey de Noruega, «Sweno», que en el texto original aparece unos versos más adelante en la siguiente intervención de Rosse. <<

[5] Escena III en texto original. <<

[6] Gallardete muy corto que se usaba generalmente como cortavientos (RAE 1984).

<<

[7] Misterio, cosa oculta y muy difícil de conocer. (RAE 1984). <<

[8] Hacha de cera de un pábilo (RAE 1984). <<

[9] Escena IV en texto original. <<

[10] En las entradas de personajes, el traductor siempre se refiere al Rey como «Duncan». <<

[11] *Deudo*: «pariente» (RAE 1984). <<

[12] Honor, estima o consideración que se adquiere o gana con una acción gloriosa (RAE 1984). <<

[13] Topónimo naturalizado (Texto original *Cumberland*). <<

[14] «Aflige», «entristece» (RAE 1984). <<

[15] Escena V en texto original. <<

[16] *Ijatear*: mover mucho y aceleradamente las ijadas por efecto del cansancio (RAE 1984). <<

[17] En esta escena, a diferencia de otras, Lady Macbeth tutea a su esposo. Como se verá más adelante, el traductor no es sistemático en este aspecto. <<

[18] Resplandor o brillo pronto y fugaz, como el del relámpago (RAE 1984). <<

[19] Escena VI en texto original. <<

[20] *Huéspedes*: que ofrece hospitalidad. El Diccionario de la RAE de 1837 la considera una acepción antigua. <<

[21] Escena VII en texto original. <<

[22] Añadido del traductor. Esta réplica no aparece en el texto original. <<

[23] Escena II en texto original. <<

[24] «Cruel», «rigurosa», «desagradable» (RAE 1984). <<

[25] Escena III en texto original. <<

[26] En el texto original, las escenas en las que interviene el portero están en prosa. Lo mismo sucede en la traducción. <<

[27] Cualquiera de los dioses fabulosos o adorados por los gentiles (RAE 1984). <<

[28] Hoyo para enterrar un cadáver (RAE 1984). <<

[29] En el texto original: *Where our fate, hid in an auger-hole*. El traductor identifica esta palabra con un supuesto topónimo y recurre a una traducción fónica «Ogre». <<

[30] «Venganza» (RAE 1984). <<

[31] Escena IV en texto original. <<

[32] Joyas pequeñas (RAE 1984). <<

[33] Posible error de imprenta. Debería ser «chambelanes». <<

[34] Topónimo naturalizado (Texto original: *Scone*). <<

[35] *Colmekill* en ediciones recientes de *Macbeth*. <<

[36] «Perros atraillados», es decir, atados con correas para ser soltados en las cacerías.

<<

[37] Escena II en texto original. <<

[38] Recuerdo, memoria de una cosa pasada (RAE 1984). El Diccionario de la RAE de 1837 lo califica de término antiguo. <<

[39] Dícese del cielo en que ángeles santos y bienaventurados gozan de la presencia de Dios. <<

[40] «Alevosa» (RAE 1984). <<

[41] Escena III en texto original. <<

[42] Picar con la aguijada bueyes, mulas, caballos; avivarlos con la voz o de otro modo (RAE 1984). <<

[43] Escena IV en texto original. <<

[44] Tiesa, rígida, áspera (RAE 1984). <<

[45] Oprobio, injuria o palabra afrentosa (RAE 1984). <<

[46] Turbar, interrumpir, frustrar, tratándose cosas halagüeñas o alegres (RAE 1984).

<<

[47] Natural de Hircania, país de Asia antigua (RAE 1984). <<

[48] Obstinado en la maldad, perverso (RAE 1984). <<

[49] Escena V en texto original. <<

[50] Escena VI en texto original. <<

[51] Mono, simio (RAE 1984). <<

[52] Róbaló (RAE 1984). <<

[53] El traductor expande considerablemente la canción de Hécate, que en realidad procede de *The Witch* de Thomas Middleton. <<

[54] «Ya», «Ya sea» (RAE 1984) <<

[55] Cualquier adorno que en las armas se pone sobre la cima del yelmo o celada (RAE 1984). <<

[56] Escena II en texto original. <<

[57] Borrascoso, tormentoso, tempestuoso (RAE 1984). <<

[58] Parte del mar que dista mucho de la tierra (RAE 1984). <<

[59] Palito delgado de junco o esparto que, untado con liga, sirve para cazar pájaros (RAE 1984). <<

[60] «envedijarse»: enzarzarse, enredarse unos con otros riendo y pasando de las palabras a las manos (RAE 1984). <<

[61] Escena III en texto original. <<

[62] Tristeza (RAE 1984). El Diccionario de la RAE de 1837 lo califica de término antiguo. <<

[63] Falsedad (RAE 1984). El Diccionario de la RAE de 1837 lo califica de término antiguo. <<

[64] Postema, absceso (RAE 1984). <<

[65] Escarnio (RAE 1984). <<

[66] En prosa en el texto original, hasta la última intervención del doctor. El discurso de la locura en Shakespeare suele estar siempre en prosa. En la traducción, la prosa se extiende hasta la escena II. <<

[67] Corrompidos con malas doctrinas o ejemplos (RAE 1984). El Diccionario de la RAE de 1837 lo califica de término antiguo. <<

[68] Falto de fe y de palabra (RAE 1984). <<

[69] Antiguo, adelantado, maduro, entrado en días (RAE 1984). <<

[70] Volver el talón contra los ijares del caballo para picarle (RAE 1984). <<

[71] El hecho de que Lenox y Rosse se encuentren en este grupo permite afirmar que García de Villalta tradujo de una edición basada en la de Edmond Malone de 1790. Véase *Wells y Taylor, 1985: 546*. <<

[72] Actor teatral (RAE 1984). <<

[73] Cuento, fábula, patraña (RAE 1984). <<

[74] Escena VI en texto original. <<

[75] Escena VII en texto original. <<

[76] Escena VIII en texto original. <<

[77] Escarnio, desprecio, mofa (RAE 1984). <<

[78] Parte o cuota que cabe a cada uno por razón del gasto hecho por varias personas (RAE 1984). <<

[79] En el texto original: *As calling home our exiled friends abroad/ That fled the snares of watchful tyranny/Producing forth the cruel ministers/Of this dead butcher and his fiendlike queen.* El traductor expande estos cuatro versos añadiendo los cuatro siguientes, quizá rememorando la condición de exiliado político que sufrió durante varios años. <<